LO QUE EL MAR DEVUELVE III:
EL LEGADO DE TARSIS

NOVELA CORTA DE FICCIÓN HISTÓRICA.

Título de la obra: LO QUE EL MAR DEVUELVE III. EL LEGADO DE TARSIS.

Autor: Fernando Marmaneu Cánovas.

Año de publicación: 2026

Copyright © Fernando, 2026.

LICENCIA CREATIVE COMMONS Esta obra está sujeta a una Licencia Creative Commons Atribución

NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional. Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo las siguientes condiciones:

Atribución (BY): Debe dar crédito de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios.

No Comercial (NC): No puede utilizar el material para fines comerciales.

Sin Obra Derivada (ND): Si remezcla, transforma o crea sobre el material, no puede distribuir el material modificado. Para ver una copia de la licencia, visite:

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

LO QUE EL MAR DEVUELVE III:
EL LEGADO DE TARSIS

Fernando Marmaneu Cánovas

PRÓLOGO
LA IRA DE BAAL

Mar Tirreno (Costa de Campania).
Año 580 a.C.

El mar no tenía color. Había perdido el azul profundo y familiar de las costas de Tiro y Sidón para convertirse en una masa gris, convulsa y enferma que parecía querer devorar el cielo mismo. Las nubes bajas, negras como el humo de un sacrificio, rozaban los mástiles, cargadas de electricidad estática.

Hiram, capitán de la nave real *Gaulós*, se aferraba al timón de espadilla con una fuerza desesperada. Sus manos, curtidas por mil tormentas, sangraba levemente por el esfuerzo de mantener el rumbo contra la furia de los elementos. La madera de cedro del Líbano, orgullo de los astilleros fenicios, crujía bajo sus pies; un lamento agónico, casi humano, que se escuchaba incluso por

encima del rugido ensordecedor del viento.

— ¡Ariad las velas! —gritó Hiram en fenicio, escupiendo el agua salada que le golpeaba la cara como gravilla—. ¡Si el viento nos golpea de través, volcaremos antes del siguiente rayo!

Los marineros, hombres de pecho ancho y piel de cuero que habían navegado desde el delta del Nilo hasta las misteriosas columnas de Hércules, obedecían con movimientos frenéticos. El terror se reflejaba en sus miradas. No temían al mar, pues el mar era su hogar y su tumba; temían lo que el mar significaba en ese instante. Llevaban semanas navegando desde el lejano Occidente, huyendo del fin del mundo conocido, cargados con el tesoro de un reino que se desvanecía en la leyenda: Tartessos.

La bodega del *Gaulós* no cargaba las habituales ánforas de vino, aceite o salazones. Su línea de flotación estaba peligrosamente baja, sumergida bajo el peso de una alianza entre imperios moribundos.

Allí abajo, en la oscuridad húmeda, descansaba el oro destinado al rey Argantonio, que debía ser protegido a toda costa. Colmillos de marfil de África envueltos en sedas. Y lo más valioso de todo, el secreto por el que habían matado y por el que ahora morían: lingotes de oricalco y bronce sagrado, bendecidos por los sumos

sacerdotes de Melqart en el templo rojo del río Tinto.

Un relámpago iluminó el horizonte con una luz violeta, revelando no la costa segura y arenosa de Gadir, sino los acantilados volcánicos y afilados de la costa itálica. Se habían desviado. La tormenta, caprichosa y cruel, los había empujado hacia el mar de los etruscos, peligrosamente cerca de las fumarolas humeantes de Puteoli.

Hiram comprendió entonces, con la fría certeza de los marinos viejos, que no llegarían a casa. Baal, el dios de las tormentas, había reclamado su tributo por la osadía de transportar el metal de los dioses.

— ¡Asegurad la carga! —ordenó el capitán con todas sus fuerzas, sabiendo que era una orden inútil, un último acto de desafío—. ¡Que no se pierda el regalo de los reyes! ¡Atadlos con cadenas si hace falta!

La ola los golpeó.

No fue una ola normal. Era una pared de agua oscura, sólida como la piedra. El impacto fue como el golpe de un martillo divino sobre una cáscara de nuez. El casco de la nave, una obra maestra de la ingeniería naval de la antigüedad, se partió con un estruendo que sonó como la columna vertebral de un gigante rompiéndose en dos.

El agua helada inundó la cubierta al instante, arrastrando hombres, cuerdas y esperanzas hacia el abismo. Hiram sintió cómo el barco se inclinaba violentamente hacia estribor. La carga, ese tesoro incalculable destinado a comprar la paz de un reino, se deslizó con un estruendo metálico hacia el fondo de la bodega, acelerando el hundimiento.

Mientras el agua le llegaba al cuello, fría como la muerte, Hiram miró hacia las luces lejanas y débiles de la costa. Estaban tan cerca... Podía oler la tierra mojada mezclada con el azufre.

— Tartessos... —susurró, una oración y una maldición al mismo tiempo, antes de que el mar le llenara la boca de sal y silencio.

La nave real fenicia, con sus velas de púrpura arrancadas y su vientre lleno de riquezas malditas, giró sobre sí misma y comenzó su descenso final en espiral.

No se hundió en la arena de la costa, sino que fue tragada por la garganta de una caldera volcánica submarina. Allí donde la tierra hierve bajo el agua, donde el fuego y el mar se tocan.

La superficie se cerró sobre ellos. Las olas recuperaron su ritmo furioso, borrando cualquier rastro de espuma, madera o vida. En segundos, la mayor fortuna de la

antigüedad había desaparecido de la historia.

Y en el silencio opresivo de la profundidad, el oro fenicio comenzó su espera. Una espera larga, de dos milenios y medio. Durmiendo en la oscuridad, aguardando a alguien lo suficientemente loco, o lo suficientemente codicioso, para venir a desafiar a los dioses y buscarlo.

CAPÍTULO 1
EL OJO DE DIOS

Localización: Torre Barrows (Sede de Global-Com). Madrid.
Tiempo: Actualidad. Un año después de la caída de Nexus.

El ascensor de cristal subía a diez metros por segundo, desafiando la gravedad con un zumbido casi imperceptible. Dentro, la sensación era de absoluta inmovilidad, una cápsula de silencio suspendida en el vacío. Madrid se extendía abajo como un tapiz infinito de luces ámbar y sombras geométricas, empequeñecida por la altura vertiginosa de la torre de acero y vidrio que dominaba el norte del Paseo de la Castellana.

María Souto se ajustó la chaqueta de su traje. No llevaba su vieja cazadora de cuero gastada, esa que olía a tabaco y lluvia gallega. Ahora vestía un traje a medida oscuro, de corte italiano, funcional pero elegante, diseñado para ocultar la funda de su arma en la sobaquera. Se sentía extraña, como si llevara un disfraz de ejecutiva agresiva.

A su lado, Erik Halvarsson miraba el horizonte con la indiferencia estoica de quien ha visto auroras boreales y tormentas en el Mar del Norte. Su traje de tres piezas, gris marengo, apenas podía contener la anchura de sus hombros. Parecía un guardaespaldas de la realeza o un sicario de lujo; con Erik, la línea siempre era difusa.

— ¿Estás seguro de que esto es necesario, Erik? —preguntó María, mirando los números digitales que marcaban la planta 48... 49...—. Hugo ha estado muy aislado. No sé si estamos listos para arrastrarlo otra vez al barro.

Erik se colocó las gafas de sol, aunque estaban en el interior y era de noche. ¿Tal vez era por un tic nervioso o una barrera contra el mundo?

— Hemos pasado un año persiguiendo fantasmas con una furgoneta alquilada y presupuesto de funcionaria, María. Hemos comido sándwiches de gasolinera y dormido en moteles de carretera —dijo el finlandés con su voz grave—. Si queremos atrapar a Vargas esta vez,

necesitamos dejar de ser policías renegados y empezar a ser... otra cosa.

— ¿Mercenarios?

— Profesionales con recursos —corrigió Erik, girando la cabeza hacia ella—. La guerra cuesta dinero, jefa. Y nosotros estamos en quiebra.

El ascensor se detuvo en la planta 50 con un suave *ding*. Las puertas se abrieron, no a un pasillo, sino directamente a un ático diáfano que parecía más el puente de mando de la nave *Enterprise* que una oficina corporativa.

El espacio era inmenso. Paredes de pantallas LED curvadas cubrían los 360 grados de la estancia, mostrando flujos de datos en tiempo real, mapas meteorológicos globales, líneas de código cayendo en cascada como en *Matrix* y cotizaciones bursátiles que parpadeaban en verde y rojo. El aire estaba refrigerado y olía a ozono y café caro.

En el centro, sentado en una silla ergonómica que parecía sacada de una cabina de vuelo, frente a una mesa de cristal negro táctil, un hombre joven se puso de pie.

Hugo Barrows. El heredero.

El hombre que había sobrevivido al intento de asesinato

de su propia familia, que había caminado con bastón y que ahora controlaba uno de los imperios de telecomunicaciones más grandes de Europa. Parecía más fuerte, aunque la sombra de la tristeza seguía instalada en el fondo de sus ojos.

— Inspectora Souto —dijo Hugo, rodeando la mesa y extendiendo la mano con una sonrisa genuina—. Erik. Bienvenidos a "El Nido".

— Sr. Barrows —saludó María, estrechando la mano. Notó que el agarre de Hugo era firme, decidido. Sus manos ya no temblaban. Ya no era la víctima del primer caso, el niño rico asustado. Era un jugador en el tablero global.

Hugo se giró hacia las otras tres personas que ya estaban en la sala, sentadas en sofás de cuero blanco minimalistas, disfrutando de un café que olía a grano recién molido de Etiopía.

Elena Vander, la abogada, revisaba un contrato interminable en una tablet transparente, con las piernas cruzadas y una elegancia que hacía parecer que estaba en una pasarela. Lucas, con los pies sobre una mesa de diseño (y calzando unas zapatillas Converse edición limitada de *Back to the Future*), miraba las pantallas gigantes con la boca abierta, babeando tecnológicamente. Evelyn, la historiadora, sostenía una copa de agua con gas con ambas manos, pareciendo

un poco fuera de lugar, como una bibliotecaria en una rave cyberpunk.

— Ya estamos todos —dijo Hugo—. Gracias por venir con tanta urgencia. Sé que teníais planes, pero lo que ha detectado mi red no podía esperar.

Lucas se levantó de un salto, incapaz de contenerse, y corrió hacia María.

— ¡María, tienes que ver esto! —señaló el techo con entusiasmo infantil—. ¡Es increíble! Hugo me ha dado acceso raíz. Acceso *root* total a la constelación de satélites "Icarus".

— ¿Y eso qué significa en español, Lucas? —preguntó María, sonriendo ante la energía del chico.

— Significa que somos el Ojo de Sauron, pero sin la torre de fuego —explicó Lucas, moviendo las manos—. O mejor, somos como el sistema de *Minority Report*. Ya no tenemos puntos ciegos. Si alguien estornuda en el Mediterráneo, lo sabemos.

— Exactamente —intervino Hugo, recuperando la seriedad. Pulsó un botón en la superficie de la mesa y las luces de la sala se atenuaron, dejando que los hologramas brillaran—. Mi empresa lanzó el último lote de satélites de baja órbita la semana pasada. Oficialmente, son para dar internet de alta velocidad a

zonas rurales de África. Extraoficialmente... tienen cámaras de espectro completo capaces de leer la matrícula de un coche desde el espacio.

Un holograma tridimensional del Mar Mediterráneo se materializó sobre la mesa, flotando en luz azul.

— Erik me pidió hace dos semanas que rastreara una firma digital específica —explicó Hugo—. La firma de los movimientos financieros ocultos de mi tío, Víctor Barrows.

El nombre cayó en la sala como una piedra en un estanque helado. Víctor Barrows. El hombre que todos creían muerto, el arquitecto de la desgracia de Hugo, el fantasma que los perseguía en sueños.

— Pensábamos que usaba bancos pantalla en las Islas Caimán —dijo Erik, acercándose al holograma y cruzándose de brazos—. Pero cometió un error de novato. O de arrogancia. Pagó el combustible de su flota fantasma usando una filial de una empresa naviera que Hugo acaba de adquirir en una OPA hostil.

— El dinero siempre deja un rastro de migas de pan —sentenció Elena desde el sofá, sin levantar la vista de su tablet—. Solo hace falta saber qué pájaro seguir.

— Exacto —dijo Hugo—. Y ese rastro nos lleva aquí.

El holograma hizo zoom. Viajó vertiginosamente desde

Madrid, cruzando la península, sobrevolando el mar hasta el sur de Italia, y luego se desplazó hacia el este, hacia las aguas azules de Grecia, deteniéndose en un punto indeterminado en medio de la nada.

Un barco apareció renderizado en la proyección con todo lujo de detalles. No era un pesquero oxidado ni un yate de recreo. Era un buque de investigación oceanográfica de última generación, de cien metros de eslora, pintado de blanco inmaculado, con helipuerto, grúas de gran tonelaje y antenas satelitales esféricas.

— El *Argo* —leyó María en el casco digital—. El nuevo juguete de Vargas.

— No solo eso —dijo Lucas, tecleando en su propia consola portátil—. Mirad la estela de calor que deja en el agua. No es diésel. Está usando propulsión nuclear de uso civil, pequeños reactores modulares. Ese barco es una bestia. Puede navegar durante años sin tocar puerto. Es una base móvil autosuficiente, como la Estrella de la Muerte pero flotante.

Evelyn se acercó, ajustándose las gafas, fascinada por la cartografía.

— Las coordenadas... 36 grados Norte... —murmuró, haciendo cálculos mentales—. Están justo encima de la ruta perdida descrita por Herodoto. La ruta de Tarsis.

— Están buscando el naufragio fenicio —confirmó María, sintiendo la tensión en los hombros—. Y con ese barco, con esa tecnología, pueden dragar el fondo en semanas. Nosotros tardaríamos años.

Hugo Barrows se apoyó en la mesa, mirando a María directamente a los ojos. Había una dureza nueva en él.

— Inspectora, mi tío Víctor no solo quiere el oro por avaricia. Quiere usar ese capital, miles de millones en valor histórico, para financiar una red de tráfico de armas en el norte de África. Si recupera ese tesoro, desaparecerá para siempre y mucha gente morirá. Se convertirá en intocable.

— Tenemos jurisdicción internacional —dijo Elena, levantándose y alisándose la falda—. Pero Italia y Grecia nos bloquearán con burocracia. Si pedimos una orden judicial ahora, Víctor tendrá abogados retrasándola hasta el siglo que viene. Tardaremos meses en conseguir una orden de abordaje.

— No tenemos meses —dijo María, mirando el barco holográfico—. Tenemos días. Quizás horas.

Hugo asintió. Caminó hacia el ventanal, dando la espalda a Madrid, mirando su reflejo en el cristal.

— Por eso os he traído aquí. El Estado español tiene reglas. Presupuestos limitados. Trámites interminables.

Yo no. —Hugo se giró y abrió los brazos, abarcando la torre, los satélites y la ciudad—. Soy una entidad privada. Pongo a vuestra disposición la totalidad de los recursos de la Fundación Barrows. Transporte aéreo, logística pesada, inteligencia satelital y fondos operativos ilimitados.

María arqueó una ceja, escéptica.

— ¿Ilimitados?

— Tengo un jet Gulfstream G650 esperando en la pista privada de Torrejón con los motores en marcha y el champán en hielo —enumeró Hugo—. Un helicóptero Airbus ACH160 para inserciones rápidas en terreno hostil. Y he comprado una filial de seguridad privada israelí esta mañana solo para que podáis llevar armamento de grado militar a través de las fronteras sin que os detengan en la aduana.

Lucas soltó un silbido de admiración que resonó en la sala.

— Tío... es como ser James Bond, pero sin tener que devolver el Aston Martin intacto. O como Tony Stark financiando a los Vengadores.

— No es un cómic, Lucas —advirtió María, aunque sentía cómo la adrenalina, esa vieja amiga, empezaba a correr por sus venas, despertando sus instintos—. Esto

es una guerra privada. Si nos pillan, el Ministerio nos negará. Perderemos las placas. Iremos a la cárcel.

Erik descruzó los brazos y se acercó a María. Su presencia era reconfortante, un muro sólido entre ella y el abismo. El vikingo sonrió, una mueca feroz que mostraba los dientes.

— La cárcel no me asusta, María. Lo que me asusta es no estar ahí, en primera fila, cuando Vargas se dé cuenta de que hemos vuelto. Quiero verle la cara.

María miró a su equipo. Elena, la mente afilada y legal. Evelyn, la guardiana de la historia. Lucas, el mago digital conectado al ojo de Dios. Erik, la fuerza imparable. Y ahora Hugo, el mecenas con sed de justicia.

Ya no eran fugitivos desesperados. Eran cazadores de élite.

María miró el holograma del barco enemigo una última vez, memorizando su silueta.

— Hugo —dijo María con voz firme, asumiendo el mando—, dile a tu piloto que prepare el plan de vuelo. Nos vamos.

— ¿Destino? —preguntó el magnate, con el dedo sobre el intercomunicador.

María miró a Evelyn.

— ¿Dónde empieza el rastro, Evelyn? Si queremos ganarles, tenemos que llegar antes.

La historiadora señaló un punto rojo en el sur de España, lejos del mar, en la tierra de las minas antiguas. Sus ojos brillaban con la emoción del descubrimiento.

— Todo termina en el mar, pero todo empezó en la tierra. Antes de ir a Italia, tenemos que saber qué cargaban exactamente para poder rastrearlo. Y solo hay un lugar donde los fenicios compraban su mercancía sagrada.

Evelyn miró a María.

— Huelva. Las Minas de Riotinto.

María asintió, sintiendo el peso de la decisión.

— Pues nos vamos a Marte. —Se giró hacia Hugo y le dedicó una media sonrisa—. Gracias por los juguetes, Sr. Barrows. Intentaremos no romperlos todos en la primera semana.

Hugo sonrió, una sonrisa triste pero llena de esperanza.

— Rompedlos si hace falta, Inspectora. Quemad el cielo si es necesario. Solo traedme la cabeza de mi tío. O al menos, aseguraos de que no vuelva a levantarse.

FUNDACIÓN
BARROWS

CAPÍTULO 2
SANGRE DE COBRE

Localización: Minas de Riotinto. Huelva (Andalucía).
Hora: 11:30 AM.

El paisaje que se extendía bajo el fuselaje del helicóptero no parecía pertenecer a la Tierra. No había verde, ni gris, ni el azul del cielo. Todo era rojo. Ocre. Sangre seca y tierra quemada.

El Airbus ACH160 de la Fundación Barrows descendía suavemente, como una libélula mecánica, sobre el borde de la **Corta Atalaya**, la mina a cielo abierto más grande de Europa. Era una herida gigantesca en la corteza terrestre, un anfiteatro de anillos concéntricos excavados por generaciones de mineros que descendía

en espiral hacia un lago de aguas ácidas, inmóviles y de un color violeta intenso, casi negro.

— Bienvenidos a Marte —dijo el piloto por el intercomunicador, su voz crepitando ligeramente—. O a Arrakis, si preferís la ciencia ficción. Temperatura exterior: 38 grados.

El helicóptero niveló el aparato para aterrizar en una plataforma privada de hormigón agrietado, cerca de las ruinas del antiguo hospital minero.

María Souto miró por la ventanilla, fascinada y horrorizada a la vez. El lugar tenía una belleza brutal, tóxica.

— Huele a azufre incluso desde aquí arriba —comentó, ajustándose las gafas de sol para protegerse del resplandor—. Es como estar en la boca del infierno.

Evelyn, sentada frente a ella en los asientos de cuero crema, no miraba el paisaje con horror, sino con una reverencia casi religiosa. Tenía un libro antiguo abierto sobre las rodillas: una edición facsímil de *Ora Maritima* de Avieno.

— Es la tierra más antigua de Occidente —explicó la historiadora, elevando la voz sobre el zumbido decreciente de los rotores—. Aquí, hace tres mil años,

los tartesios extraían la plata que financiaba las guerras y los palacios del Mediterráneo. La Biblia llamaba a este lugar las "Minas del Rey Salomón". Los fenicios lo llamaban la "Montaña de los Dioses". Cada piedra ahí abajo tiene historia... y sangre.

El helicóptero tocó tierra, levantando una nube de polvo rojizo que envolvió la cabina por un momento.

Erik fue el primero en bajar. Su traje impecable contrastaba violentamente con el entorno minero, oxidado y salvaje. Se movió rápido, agachándose bajo las aspas, y escaneó el perímetro con ojos de profesional. Sus manos estaban libres, cerca de la cintura, listas. No había amenazas visibles inmediatas, solo unos turistas lejanos en el tren minero turístico y el calor seco y aplastante del sur.

Un coche negro, un Range Rover blindado con cristales tintados que Hugo había pre-posicionado para ellos, les

esperaba junto al helipuerto, como un escarabajo metálico bajo el sol.

— ¿A dónde vamos ahora? —preguntó Lucas, bajando con su mochila llena de electrónica, tosiendo y sacudiéndose el polvo rojo de sus zapatillas de colección—. Esto se te mete hasta en los pulmones.

Me siento como en *Total Recall*. ¡Abran sus mentes!

— Al Barrio de Bellavista —respondió Evelyn, ignorando la referencia cinematográfica—. El antiguo barrio inglés.

Condujeron cinco minutos y cruzaron una frontera invisible en el tiempo y el espacio. Dejaron atrás el paisaje lunar y devastado de la mina y, tras cruzar una verja, entraron en una urbanización que parecía

trasplantada mágica y directamente desde la campiña británica de 1880.

Era surrealista. Casas victorianas de ladrillo rojo, jardines de césped (mantenidos a duras penas con riego constante en el clima andaluz), una iglesia presbiteriana de madera y hasta una pista de tenis de tierra batida.

— La *Rio Tinto Company Limited* compró las minas al gobierno español en 1873 a precio de saldo —explicó Evelyn mientras María aparcaba frente a la Casa del Consejo, un edificio señorial que ahora funcionaba como museo y archivo—. Los ingenieros británicos vivían aquí, en una burbuja colonial, totalmente aislados de los trabajadores españoles que morían en las galerías. Tenían sus propias leyes, su propia moneda, su propia hora... y sus propios secretos.

Entraron en el edificio. El aire acondicionado fue un alivio bendito. Evelyn había concertado una cita con el archivero local usando las credenciales falsas de la Universidad de Oslo, una tapadera perfecta que Lucas había creado esa misma mañana.

El archivero, un hombre mayor con piel curtida por el sol de Huelva y manos manchadas de tinta, les recibió con curiosidad, ajustándose las gafas bifocales.

— Dra. Hansen —dijo, estrechando la mano de Evelyn—.

Es un honor. No es habitual que nos pidan consultar los "Legajos Geológicos de 1910". Normalmente, la gente viene por las fotos de las locomotoras de vapor o las listas de personal. Es material muy técnico y aburrido.

— Estamos investigando la estratigrafía de la Veta San Dionisio para un *paper* europeo —mintió Evelyn con una fluidez académica envidiable—. Buscamos referencias a antiguas galerías romanas o prerromanas que pudieran haber colapsado a principios de siglo XX.

El hombre asintió, convencido, y les llevó a una sala trasera, una biblioteca privada llena de olor a papel viejo, cera para madera y polvo acumulado durante décadas. Sobre una mesa de roble macizo, había desplegado varios tomos enormes encuadernados en piel negra, con letras doradas desgastadas.

— Aquí tienen. Los informes diarios del Ingeniero Jefe, Sir Charles Prendergast. Era un hombre muy meticuloso, casi obsesivo. Anotaba cada gramo de mineral extraído, cada accidente, cada hallazgo.

En cuanto el archivero les dejó solos cerrando la puerta, la actitud académica y relajada de Evelyn desapareció. Se puso unos guantes de algodón blanco con rapidez y abrió el tomo de 1912 con urgencia.

— Lucas, prepara el escáner —ordenó—. Erik, vigila el

pasillo.

— ¿Qué buscamos exactamente, Evelyn? —preguntó Erik, entreabriendo la puerta para tener una línea de visión.

— Una anomalía —dijo Evelyn, pasando las páginas llenas de caligrafía inglesa inclinada, elegante y apretada—. Los fenicios no sólo se llevaban plata y cobre. Según las crónicas secretas de los sacerdotes de Tiro, el *Gaulós* que se hundió llevaba una aleación especial. *Oricalco*.

— ¿Oricalco? —Lucas levantó la vista del escáner láser portátil—. ¿Eso no es lo de la Atlántida? Suena a cómic de Aquaman o a un material de videojuego RPG nivel 90.

— Platón lo mencionó en el *Critias* como un metal rojizo, "brillante como el fuego", más valioso que el oro —corrigió Evelyn sin levantar la vista—. Durante siglos pensamos que era un mito. Pero hoy sabemos que probablemente era una aleación natural única de cobre, zinc y níquel que se daba solo en esta zona geológica. Es inoxidable, extremadamente duro y, si se pule, parece emitir luz propia. Los británicos debieron encontrar la veta original al profundizar la mina.

— ¡Aquí! —Evelyn detuvo su dedo sobre una entrada fechada el 14 de noviembre de 1912. Su respiración se aceleró.

Leyó en voz alta, traduciendo del inglés sobre la marcha:

> *"Galería 7. Nivel Profundo. Hemos interceptado un túnel antiguo, pre-romano, posiblemente tartesio. La entibación es de madera de cedro carbonizada, increíblemente conservada. Hemos hallado apilados cincuenta lingotes de un metal desconocido con alta conductividad térmica y resonancia extraña. No coinciden con la plata ni el cobre estándar. Siguiendo órdenes directas de la Compañía en Londres, he ordenado sellar la entrada, derrumbar el acceso y omitir el hallazgo en el reporte oficial al Gobierno de Madrid. El material ha*

sido clasificado como 'Residuo Tipo Omega' y almacenado discretamente en el Almacén 4 del Muelle del Tinto para su envío a Londres en el buque 'Highland', pero el estallido de la Gran Guerra ha paralizado el transporte marítimo."

— El *Muelle del Tinto* —dijo María, visualizando el mapa—. El antiguo cargadero de mineral en la ría de Huelva. Esa estructura inmensa que entra en el agua.

— Si la guerra paró el envío... —razonó Erik, volviéndose hacia ellas—, y luego vino la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial... El material nunca salió de Huelva.

— O sigue allí, olvidado en un almacén portuario cerrado —terminó Elena Vander, con los ojos brillando—, o alguien lo robó hace cien años.

De repente, el teléfono encriptado de Lucas vibró sobre la mesa con un zumbido agresivo. El chico miró la pantalla y su rostro perdió todo el color.

— Chicos... tenemos problemas. El satélite de Hugo acaba de detectar una señal de alerta de proximidad.

— ¿Dónde? —preguntó María, llevando la mano a su arma.

— Aquí mismo. —Lucas amplió el mapa de la zona en su tablet—. Dos vehículos han entrado en la urbanización y se acercan al Barrio Inglés a gran velocidad, ignorando los límites de velocidad. Son SUVs negros, blindados. Matrículas falsas o duplicadas.

Erik se acercó a la ventana y miró a través de las cortinas de encaje victoriano con precaución.

— Los veo —dijo el vikingo con voz tensa—. Están desplegándose. Hombres armados bajando. No son policías. Se mueven como militares.

— "Limpiadores" —confirmó María, desenfundando su pistola. El clic metálico sonó obscenamente alto en la biblioteca silenciosa—. Vargas sabe que estamos consultando los archivos. Ha enviado a alguien para asegurarse de que no salgamos con esa información. Nos han tendido una ratonera.

— Evelyn, coge el libro. Lucas, guarda los escaneos en la nube, ¡ya! —ordenó María.

— ¿Vamos a salir por la puerta de atrás? —preguntó Elena, quitándose los zapatos de tacón de suela roja para correr mejor y quedándose descalza sobre la alfombra persa.

Erik negó con la cabeza, sacando su hacha táctica de debajo de la chaqueta, un arma brutal y anacrónica que contrastaba con su traje.

— No hay puerta de atrás en este edificio. Es una trampa arquitectónica. Solo hay una salida viable.

María montó el arma, sintiendo el peso familiar de la muerte en su mano.

— Entonces saldremos por la puerta principal. —Miró a su equipo, sus ojos brillando con determinación—. Bienvenidos a la historia, chicos. Intentad no mancharla de sangre.

CAPÍTULO 3
EL MUELLE DE LAS SOMBRAS

Localización: Barrio Inglés de Bellavista. Riotinto.
Hora: 12:45 PM.

El silencio de la biblioteca se rompió violentamente. El cristal de la puerta principal del Archivo estalló hacia dentro en una lluvia de fragmentos afilados que brillaron como diamantes antes de caer. Una granada aturdidora, negra y cilíndrica, rodó por el suelo de madera encerada, rebotando contra un escritorio de caoba y deteniéndose ominosamente a los pies de Evelyn.

— ¡Abajo! —bramó Erik, lanzándose en placaje para cubrir a María y a la historiadora con su propio cuerpo masivo.

¡BOOM!

El estallido fue un fogonazo blanco de magnesio seguido de un pitido agudo, insoportable, que anuló el mundo por un segundo. El aire se llenó de polvo de yeso, astillas y el olor acre a pólvora quemada.

Antes de que el humo se disipara, dos figuras tácticas vestidas de negro, con máscaras de gas y chalecos antibalas, irrumpieron por el hueco de la puerta, barriendo la sala con subfusiles compactos HK MP5. Eran profesionales. No gritaban, no dudaban. Iban a limpiar la zona de testigos, metódica y fríamente.

Pero no contaban con el vikingo.

Erik, que se había protegido tras una estantería de libros pesados, no esperó a recuperar la audición completa. Se levantó como una fuerza de la naturaleza, agarrando el pesado tomo de registros geológicos de 1912 y lanzándolo a Elena Vander.

— ¡Corre! —gritó, mientras cargaba contra el enemigo como un toro herido.

Fue una colisión de trenes. Erik embistió al primer mercenario con el hombro, aprovechando su inercia y sus ciento diez kilos de músculo. El hombre salió despedido hacia atrás, sus costillas crujiendo, y atravesó la vitrina de cristal donde se guardaban los

trofeos de tenis del siglo XIX, cayendo entre copas de plata abolladas.

El segundo mercenario giró su arma hacia Erik, sorprendido por la velocidad del ataque, pero María, disparando desde el suelo junto al archivero que se había ovillado bajo la mesa aterrorizado, fue más rápida.

Bang. *Bang*.

Dos disparos secos. Las balas impactaron en el chaleco antibalas del atacante. No perforaron la placa de cerámica, pero el impacto cinético le sacó el aire de los pulmones como un puñetazo, derribándolo hacia atrás.

— ¡Salid! ¡Ya! —ordenó María, cubriendo la puerta mientras recargaba con movimientos mecánicos.

Lucas abrió la ventana trasera de una patada, rompiendo el marco de madera podrida por la humedad. Saltaron al jardín inglés, cayendo sobre la tierra blanda y aplastando los rosales perfectamente cuidados que habían sobrevivido desde la época victoriana.

— ¡El coche! —señaló Elena, corriendo descalza sobre la grava afilada con el libro histórico bajo el brazo como si fuera un balón de rugby en una final.

El Range Rover blindado de la Fundación Barrows les esperaba con el motor en marcha. Pero la salida de la

urbanización estaba bloqueada. Un tercer SUV enemigo, un Jeep negro modificado con defensas de acero, estaba cruzado en el camino. Un tirador asomó por el techo solar con un fusil de asalto.

— ¡Nos van a coser a tiros! —gritó Lucas, agachando la cabeza mientras las balas empezaban a impactar alrededor, levantando géiseres de tierra y césped.

Erik se deslizó hasta el asiento del conductor del Range Rover.

— Subid. ¡Todos dentro!

María cubrió la retirada disparando fuego de supresión hacia el Jeep, obligando al tirador a agacharse un

instante. Se lanzó al asiento del copiloto justo cuando el parabrisas recibía el primer impacto. El cristal reforzado de cuatro centímetros aguantó, creando una telaraña blanca justo frente a su cara, pero sin ceder.

— ¡Erik, están bloqueando la calle! —advirtió María, cerrando la puerta de golpe.

Erik engranó la marcha. Sus nudillos estaban blancos sobre el volante. El motor V8 sobrealimentado rugió con furia.

— Eso no es una calle, María. Es un obstáculo. Y nosotros llevamos un tanque.

El Range Rover aceleró. No hacia la carretera, sino hacia la valla de madera del jardín vecino. Erik atravesó la cerca, astillando la madera, cruzó el césped inmaculado del vecino, destrozó un cenador de té victoriano y salió a la calle lateral, flanqueando a los atacantes en medio de una lluvia de escombros.

Los mercenarios intentaron girar sus vehículos para perseguirlos, pero el laberinto de calles estrechas victorianas jugaba a favor del equipo. Erik conocía la física del caos mejor que nadie.

— ¡Al helicóptero no! —ordenó María, mirando el mapa táctico en la consola—. ¡Si despegamos ahora, nos derribarán en el aire! Son demasiados. ¡Vamos a Huelva

por carretera!

Localización: Muelle del Tinto. Huelva Capital.
Hora: 21:30 PM. Noche cerrada.

Habían abandonado el Range Rover marcado en un aparcamiento subterráneo de un centro comercial y cambiado a un vehículo de alquiler discreto, un sedán gris. Ahora, observaban su objetivo desde la distancia, ocultos en las sombras del Paseo de la Ría, entre arbustos y bancos vacíos.

El **Muelle de Mineral de la Compañía de Riotinto** se adentraba en el agua negra del río Odiel como el esqueleto de un leviatán de hierro varado. Era una obra maestra de la ingeniería industrial del siglo XIX: más de un kilómetro de vigas de metal, madera y remaches sobre el agua. Por el nivel superior circulaban los trenes antiguamente para descargar; por el nivel inferior, la mercancía.

De noche, la estructura estaba iluminada artísticamente con luces naranjas que se reflejaban en el agua aceitosa, creando una atmósfera onírica. Pero la parte inferior, entre los pilares oxidados que se hundían en el fango y el agua salada, era un laberinto de sombras

perfecto para una operación ilegal.

— El libro decía "Almacén 4" —susurró Evelyn, mirando a través de unos prismáticos nocturnos—. Ese almacén estaba en la plataforma inferior, al final del muelle, donde el agua es más profunda. Hoy día esa zona está cerrada al público por riesgo de derrumbe.

— Perfecto para ellos —dijo Erik, ajustándose los guantes tácticos de cuero—. Nadie mira ahí abajo. Es tierra de nadie.

Lucas, sentado en el suelo con la espalda apoyada en un árbol, monitorizaba las frecuencias de radio locales con su tablet conectada al satélite de Hugo.

— Tengo actividad. —Lucas señaló la pantalla—. Comunicaciones encriptadas de corto alcance bajo la estructura final. Y el satélite térmico muestra dos fuentes de calor. Lanchas rápidas amarradas en los pilotes.

— Están sacándolo —comprendió María con un nudo en el estómago—. El "Residuo Omega". La aleación de oricalco. Ha estado escondida ahí abajo cien años, esperando, y Vargas la ha encontrado unas horas antes que nosotros.

María revisó su cargador. Le quedaban pocas balas y no tenían repuestos. Suspiró.

— Erik, tú y yo bajamos por la estructura. Lucas, Elena, Evelyn... necesito una distracción. Algo grande. Algo que haga que miren hacia otro lado y nos dé cinco segundos de ventaja.

Lucas sonrió, una sonrisa traviesa iluminada por la luz azul de la pantalla. Conectó su tablet al sistema de gestión urbana de Huelva a través de la red satelital de Hugo.

— ¿Os sirve un espectáculo de luces y sonido estilo Jean-Michel Jarre?

— Hazlo.

María y Erik corrieron agachados hacia la base del muelle, trepando por la estructura de hierro oxidado con cuidado de no hacer ruido. Se movían sobre las vigas transversales, cinco metros por encima del agua negra donde los hombres de Vargas trabajaban. El viento soplaba fuerte, cubriendo el sonido de sus pasos.

Abajo, el olor a salitre, brea antigua y gasoil moderno

era intenso. Un grupo de cuatro hombres trabajaba forzando una compuerta oxidada con palancas hidráulicas. Con un chirrido metálico que dolió en los dientes, la puerta cedió.

Del interior oscuro sacaron una caja de madera reforzada con zunchos de plomo, pesada, con el sello de la *Rio Tinto Company* apenas visible bajo una capa de suciedad secular.

El líder del grupo, un hombre corpulento con acento ruso marcado, habló por radio:
— Paquete asegurado, Sr. Vargas. Procedemos a la extracción. El pájaro está en el nido.
En ese instante, Lucas pulsó *Enter*.

La iluminación monumental del Muelle del Tinto se volvió loca. Los focos naranjas fijos empezaron a parpadear en modo estroboscópico violento, convirtiendo la noche en una discoteca enloquecida. Simultáneamente, las sirenas de aviso de niebla del puerto, hackeadas por Lucas, empezaron a aullar con un sonido ensordecedor que rebotaba en el agua.

Los mercenarios, cegados y aturdidos por el caos repentino, levantaron sus armas, girando sobre sí mismos, buscando amenazas en todas direcciones.

— ¡Ahora! —gritó María.

Desde las vigas superiores, dos sombras cayeron sobre ellos como demonios.

Erik aterrizó con todo su peso sobre el mercenario que sostenía la caja. El impacto fue brutal. La madera podrida del suelo crujió peligrosamente bajo ellos. La caja salió despedida, deslizándose por la plataforma húmeda hacia el borde.

María aterrizó rodando, absorbiendo el impacto, y disparó a las piernas de los otros dos hombres para incapacitarlos sin matarlos. Cayeron gritando.

— ¡Policía! —gritó María, apuntando al líder, aunque sabía que su placa no valía nada aquí.

El líder ruso no se amedrentó. Sacó un cuchillo de combate de sierra y se lanzó, no a por María, sino a por la caja, que estaba a punto de caer al agua. Erik intentó interceptarlo, pero el ruso le lanzó una patada giratoria al pecho que le hizo retroceder un paso, jadeando.

El mercenario agarró la caja por un asa y saltó al vacío, cayendo directamente sobre la cubierta de una de las lanchas rápidas que esperaban abajo, balanceándose en el agua negra con el motor en marcha.

— ¡Se escapan! —grito Erik, asomándose al borde, furioso.

El mercenario gritó al piloto:

— ¡Go! ¡Go! ¡Yaaa!
La lancha aceleró, levantando una estela de espuma blanca y alejándose hacia la desembocadura de la ría a toda potencia.

María miró abajo. Había otra lancha amarrada, la de apoyo de los mercenarios, ahora vacía.

— ¡Vikingo, al barco!

Saltaron tres metros hacia la cubierta de la lancha enemiga. Erik aterrizó pesadamente, haciendo oscilar la embarcación, cortó el amarre con su hacha de un solo golpe limpio y arrancó el motor fueraborda de 300 caballos.

— ¡Sujétate!

La persecución

comenzó.

Las dos lanchas cortaron el agua negra de la Ría del Odiel a ochenta kilómetros por hora. Pasaron bajo el puente iluminado, esquivando boyas de señalización y barcos pesqueros anclados que aparecían como fantasmas en la oscuridad. El viento golpeaba sus caras con violencia, haciendo que los ojos les lloraran.

El mercenario de la lancha delantera se giró, tratando de mantener el equilibrio, y abrió fuego con un subfusil. Las balas impactaron en el agua alrededor de la lancha de María, levantando géiseres que los empaparon.

— ¡Erik, acércame! —ordenó María, intentando estabilizarse en la proa, rodilla en tierra, apuntando con ambas manos.

— ¡Tienen más potencia! —gritó Erik sobre el rugido del motor—. ¡No puedo cerrar la distancia! ¡Están llegando a mar abierto!

Entonces, el teléfono de María vibró en su bolsillo, conectado al auricular. Era Lucas, y su voz sonaba aterrorizada.

— ¡María! ¡Salid de ahí! ¡Abortad! ¡El satélite detecta una firma masiva en la bocana del puerto!

— ¿Qué? —gritó María contra el viento—. ¡Casi los tenemos! ¡No voy a parar!

— *¡No lo entiendes! ¡Mirad delante! ¡Es el Argo!*

De la oscuridad del Atlántico, justo en la salida del estuario, una sombra inmensa emergió como una montaña de acero negro. Se encendieron luces de navegación rojas y verdes. Una rampa trasera se abrió a ras de agua, como las fauces de un monstruo marino, iluminada por focos rojos infernales.

El *Argo*. El barco nodriza de Vargas había entrado en aguas españolas, violando la soberanía con total impunidad, para recoger a su equipo de extracción.

La lancha de los mercenarios entró directamente en la bodega inundable del buque, sin frenar, como un pez pequeño buscando refugio en la boca de una ballena.

— ¡Erik, vira! —ordenó María con urgencia, viendo cómo se cerraba la trampa—. ¡Nos van a tragar!

El buque *Argo* empezó a cerrar su compuerta hidráulica. Desde la cubierta superior, ametralladoras pesadas automatizadas empezaron a disparar trazadoras hacia la pequeña lancha de María y Erik para disuadirlos.

El agua alrededor de ellos hirvió por los impactos de gran calibre. *Rat-ta-ta-ta-ta*.

Erik dio un volantazo violento, girando 180 grados, poniendo proa de vuelta a Huelva mientras los proyectiles iluminaban la noche sobre sus cabezas como luciérnagas letales.

Habían perdido la caja. Vargas tenía la muestra de oricalco. Habían fallado.

Pero mientras se alejaban, María vio algo en el suelo de la lancha que habían robado a los mercenarios, deslizándose con el agua acumulada. Una carpeta de plástico azul impermeable que se había caído bajo un asiento en la confusión de la huida del ruso.

La recogió. Llevaba el sello del *Archivo General de Indias* pero tenía anotaciones manuscritas recientes con rotulador rojo.

— Erik —dijo María, abriendo la carpeta bajo la luz de la luna—. Se han llevado el metal... pero con las prisas, se han dejado el mapa.

Erik miró la carpeta de reojo mientras conducía, respirando agitadamente.

— ¿Qué es?

— Es una carta de navegación copiada de un original romano. Tiene las corrientes marcadas y anotaciones de

profundidad. —María leyó las coordenadas—. Apunta al Mar Tirreno.

María miró hacia atrás, hacia la silueta imponente del *Argo* que viraba lentamente para volver a aguas internacionales, impune y majestuoso.

— Se van a Italia —dijo María, cerrando la carpeta—. A Puteoli. A la casa del Volcán.

Erik aceleró hacia el puerto de Huelva, una sonrisa loba apareciendo en su rostro.

— Entonces llama a Hugo. Que caliente el Jet. Nos vamos a comer pizza.

CAPÍTULO 4
VUELO 700

Localización: Espacio aéreo internacional sobre el Mediterráneo (FL450).
Vehículo: Gulfstream G650ER de la Fundación Barrows.
Hora: 08:00 AM.

A cuarenta y cinco mil pies de altura, el cielo era de un azul violeta, profundo y puro, casi espacial. El sol entraba a raudales por las ventanillas ovaladas, inundando la cabina de luz dorada.

Dentro de la cabina presurizada del jet privado, el silencio era absoluto, una burbuja de paz artificial solo rota por el suave tintineo de una cucharilla de plata

contra la porcelana fina.

Era un cambio de realidad brutal, casi esquizofrénico. Hace apenas diez horas, estaban llenos de barro, sangre y pólvora en una lancha robada en la ría de Huelva, huyendo de las balas de ametralladora. Ahora, María Souto estaba sentada en una butaca de cuero beige cosido a mano, duchada, con ropa limpia, observando cómo un asistente de vuelo le servía café de grano Blue Mountain en una taza que costaba más que su primer coche.

Lucas miró por la ventanilla, maravillado, acariciando la madera de nogal de la mesa plegable con reverencia.

— ¿Sabéis cuánto cuesta una hora de vuelo en este bicho? —preguntó, negando con la cabeza—. Podríamos comprar dos furgonetas nuevas y equiparlas con servidores de la NASA solo con lo que gastamos en combustible para llegar a Nápoles. Es obsceno. Pero me encanta.

Elena Vander, que revisaba documentos legales en su tablet con una copa de agua con gas y una rodaja de limón en la mano, ni se inmutó. Parecía haber nacido en ese avión.

— Acostúmbrate, Lucas. Hugo Barrows paga la factura. Es su forma de pedir perdón por los pecados de su familia. Es penitencia en forma de lujo. —Elena pasó una

página digital con un gesto elegante de su mano manicurada—. Además, en este nivel, la velocidad es munición. El *Argo* viaja a veinte nudos. Nosotros viajamos a Mach 0.9. Llegaremos a Italia días antes que ellos. El tiempo es el único recurso que no pueden comprar.

María dejó la taza de café humeante y miró a Erik, que descansaba en el sofá del fondo con los ojos cerrados. Sabía que el vikingo nunca dormía del todo en una misión; estaba en modo de ahorro de energía, listo para saltar y romper cuellos en un segundo. Luego, su mirada se posó en la pantalla principal de la cabina, de 60 pulgadas, donde Hugo había cargado el dossier actualizado de su tío.

— Sigo sin entender cómo lo hizo —murmuró María, con una mezcla de frustración profesional y rabia fría—. Yo estaba allí, en Hendaya. Vi cómo resbalaba del tejado del Château d'Abbadie. Era de noche, llovía a cántaros. Abajo solo había rocas afiladas y un mar de fuerza ocho rompiendo contra el acantilado. Nadie sobrevive a eso. Es física.

Erik abrió un ojo, azul y gélido como un glaciar.

— Nadie humano —dijo el finlandés con su voz grave, que resonó en la cabina—. Pero Víctor es una cucaracha con traje de seda. Sobrevive al apocalipsis nuclear.

Lucas tecleó en su consola y proyectó un modelo 3D del castillo francés en la pantalla grande.

— He reconstruido la caída con los datos forenses de la Gendarmería francesa y simulaciones de física —explicó el hacker, entusiasmado con su trabajo—. La policía asumió que la trayectoria parabólica lo llevó al agua, donde la corriente lo habría arrastrado mar adentro. Por eso los buzos buscaron el cuerpo durante semanas sin éxito. Pero mirad esto.

Lucas hizo zoom en la fachada neogótica del edificio diseñado por Viollet-le-Duc.

— Tres metros por debajo del alero del observatorio, hay una gárgola de desagüe. Un dragón de piedra.

— Se agarró —comprendió María, visualizando la escena con horror: Víctor Barrows colgado en la oscuridad, con la lluvia azotándole, los dedos sangrando sobre la piedra mojada, mientras ella miraba hacia el abismo a pocos metros de él, creyéndolo muerto—. Se quedó ahí colgado. Toda la noche. Mientras nosotros celebrábamos y dábamos el caso por cerrado, él estaba ahí, aguantando la respiración, odiándonos.

— Y cuando la policía se fue, bajó, robó un coche a un turista y desapareció —concluyó Elena con frialdad—. Para el mundo, estaba muerto. Para Nexus, era el socio

perfecto. Un fantasma con los contactos de la élite europea, cuentas en paraísos fiscales y sin nada que perder.

— Y ahora quiere el tesoro para financiar guerrillas —dijo Evelyn, que estaba rodeada de papeles fotocopiados del Archivo de Indias, ajena a la conversación sobre la muerte, inmersa en su propio mundo de historia—. Diamantes de sangre, armas, uranio... necesita liquidez rápida y anónima. Por eso tiene tanta prisa.

María se giró hacia la historiadora.

— Hablando de prisa, Evelyn. Explícame por qué casi nos matan anoche en Riotinto. Entiendo el valor histórico, un lingote fenicio es una pieza de museo, pero... ¿por qué Vargas y Víctor están tan obsesionados con esa caja de metal oxidado? ¿Qué es exactamente el oricalco? ¿Por qué es "la llave"?

Evelyn se quitó las gafas y suspiró, frotándose el puente de la nariz, cansada.

— No es metal oxidado, María. Es tecnología antigua.

La historiadora proyectó un diagrama químico complejo en la pantalla, superponiéndolo al mapa del Mediterráneo.

— Platón escribió en el *Critias* que los muros de la

ciudadela de la Atlántida brillaban con una "luz roja de fuego". Lo llamó *Oricalco*. Durante siglos, los académicos pensamos que era una fantasía poética. Pero los análisis espectrográficos de los restos que encontramos en el archivo de los ingleses confirman la teoría geológica más atrevida.

— ¿Qué teoría? —preguntó Lucas, dejando su zumo de naranja.

— Que el oricalco es una aleación natural de cobre, zinc y trazas de níquel y cobalto que solo se da en la Faja Pirítica de Huelva —explicó Evelyn con pasión creciente—. Es un "latón natural" de una pureza imposible de replicar en la antigüedad... y difícil incluso hoy. Es inoxidable, más duro que el acero dulce y, lo más importante... tiene una resonancia acústica única.

— ¿Acústica? —Erik se incorporó en el sofá, interesado por primera vez en la lección de historia.

— Exacto. —Evelyn señaló el barco enemigo en el mapa—. Vargas no quería el lingote para venderlo en una subasta. Lo quería para calibrar los sonares de penetración de subsuelo del *Argo*. El oricalco vibra a una frecuencia armónica muy específica bajo las ondas de sonido, devolviendo un eco inconfundible.

— Mierda —susurró Lucas, entendiendo la implicación técnica—. Es como tener la frecuencia de una llave

maestra. Si calibran sus máquinas con esa muestra...

— ... podrán ver el naufragio fenicio a través de cinco metros de lodo y sedimento como si fuera una bombilla encendida en una habitación oscura —terminó María, sintiendo el peso de la desventaja—. Tienen la ventaja de la búsqueda. Van a ir a tiro fijo.

— Pero nosotros tenemos la ventaja de la inteligencia —intervino Elena, levantándose y caminando hacia el mapa de Italia proyectado en la pared—. Sabemos a dónde van. Puteoli. La bahía de Nápoles.

Elena amplió la imagen de la costa italiana.

— Aterrizamos en cuarenta minutos. Pero tenemos un problema grave en tierra. No son los mercenarios. Es la jurisdicción.

— ¿La policía italiana? —preguntó María.

— Peor. El TPC. —Elena deslizó una foto en la pantalla. Apareció un hombre de unos cuarenta años, increíblemente atractivo, con el uniforme negro de gala de los *Carabinieri*, mirada afilada como un bisturí y una postura rígida y orgullosa—. Capitán Marco Valente. Jefe del *Comando Tutela Patrimonio Culturale* en el sur de Italia.

María estudió la foto. Había inteligencia en esos ojos oscuros, y una arrogancia que le resultaba familiar y peligrosa.

— ¿Es bueno?

— Es el mejor —admitió Elena—. Ha recuperado más arte robado que nadie en Europa. Odia a los cazatesoros, odia a los ladrones de tumbas y, sobre todo, odia que agencias extranjeras operen en "su" mar sin permiso. Es un nacionalista del arte. Si se entera de que estamos buscando la nave de Tarsis, nos detendrá antes de que podamos ponernos el neopreno.

— ¿Cuál es el plan, entonces? —preguntó Erik.

Lucas sonrió, sacando unas carpetas de cuero azul con el logo de la Unión Europea de su mochila.

— Hugo nos ha conseguido una cobertura de nivel medio, lo suficientemente aburrida para no llamar la atención. Oficialmente, somos un equipo de "Consultores Técnicos de la Fundación Barrows", invitados a un simposio sobre conservación marina y arqueología subacuática en la Universidad de Nápoles.

María cogió su nueva credencial plastificada.

— ¿Un simposio? ¿Vamos a luchar contra mercenarios armados y nucleares, y nuestra tapadera es un congreso de profesores?

— Es suficiente para que Valente no pueda arrestarnos sin una orden directa de Roma —dijo Elena—. Nos da inmunidad diplomática *light*. Pero cuidado, María. Valente es un sabueso. Si huele sangre, morderá. Y si nos pilla con armas o buceando en zona restringida, ni todo el dinero de Hugo nos sacará de una cárcel italiana.

El piloto anunció el descenso por la megafonía, con un tono suave y profesional que contrastaba con la tensión de la cabina.

— *Señores pasajeros, iniciamos aproximación al aeropuerto de Nápoles-Capodichino. Tiempo en destino: despejado, 24 grados. Bienvenidos a Italia.*

María miró por la ventanilla. Abajo, el Vesubio se alzaba majestuoso y amenazante sobre la bahía, una montaña dormida que había sepultado ciudades enteras en el pasado. Y a sus pies, bajo el agua azul turquesa, esperaban las ruinas de la ciudad sumergida de Baiae y la siguiente pista.

María se terminó el café de un trago, sintiendo el calor del líquido.

— Preparad el equipo —ordenó, volviendo a ser la jefa operativa—. Dejamos el lujo aquí arriba. Abajo, volvemos a la guerra. Y quiero conocer a ese tal Capitán Valente. Tengo la sensación de que vamos a chocar.

CAPÍTULO 5
NÁPOLES SUBTERRÁNEA

Localización: Vía Partenope / Castel dell'Ovo. Nápoles (Italia).
Hora: 10:15 AM.

Nápoles no era simplemente una ciudad; era una herida abierta y vibrante en la costa del Mediterráneo, un teatro al aire libre donde la vida y la muerte bailaban la tarantela sin descanso. El aire olía a una mezcla agresiva de mar salobre, pizza frita, café quemado y el azufre lejano pero omnipresente del Vesubio, que vigilaba la bahía como un dios dormido.

El monovolumen de alquiler del equipo, un vehículo discreto con los cristales tintados que intentaba pasar desapercibido, avanzaba a paso de tortuga por el paseo marítimo de la Vía Partenope. Un enjambre de motos

Vespa pasaba rozando los retrovisores, tocando el claxon sin motivo aparente, desafiando las leyes de la física y del tráfico con una fe suicida.

Erik conducía con las manos apretadas sobre el volante, sus ojos azules escaneando cada esquina, cada ventana, cada sombra. El caos napolitano chocaba frontalmente con su orden mental escandinavo.

— Esto es peor que una zona de guerra —masculló el vikingo, frenando en seco para no atropellar a una anciana vestida de negro riguroso que cruzaba sin mirar, bendiciendo al coche con la señal de la cruz—. En una guerra hay reglas, líneas de frente. Aquí rige la ley de la selva.

María, sentada a su lado, revisaba la tablet con el perfil

del Capitán Valente, ignorando el caos exterior.

— Relájate, Erik. Es el encanto del sur. Es energía pura. Lucas, ¿tenemos confirmación de la cita?

Lucas, desde el asiento trasero, asintió sin levantar la vista de sus pantallas, tecleando a una velocidad vertiginosa.

— El sistema de la Universidad de Nápoles ha procesado la solicitud. Oficialmente, somos académicos aburridos. Vamos a presentar nuestros respetos al *Comando Tutela Patrimonio Culturale*. Tenemos cita a las diez y media en el Castel dell'Ovo. Por cierto, ¿sabíais que este castillo se llama así porque el poeta Virgilio escondió un huevo mágico en los cimientos? Si el huevo se rompe, Nápoles se hunde. Es muy *Harry Potter*.

Elena Vander se retocó el pintalabios mirándose en un espejo de bolsillo, ajena a la mitología friki.

— Lucas, céntrate. Y recordad todos el guion. Somos consultores de la Fundación Barrows. Académicos. Técnicos. No policías. Erik, trata de no mirar a nadie como si fueras a romperle el cuello. Y María... deja que hable yo. Valente es un burócrata italiano de alta cuna; el ego es su punto débil, y yo hablo su idioma: el de la arrogancia educada.

El coche se detuvo frente al **Castel dell'Ovo**, una fortaleza normanda imponente construida sobre un islote de toba volcánica, unida a tierra por un puente estrecho azotado por las olas. Era la sede operativa del TPC en el sur, una fortaleza inexpugnable rodeada de mar.

Bajaron del vehículo. El sol del Mediterráneo golpeaba con fuerza. Dos *Carabinieri* con uniformes impecables, tricornios con plumas rojas y subfusiles Beretta colgados al pecho les cortaron el paso en la entrada del puente.

— *Documenti* —exigió uno de ellos, con esa mezcla de aburrimiento y autoridad.

Elena entregó las credenciales diplomáticas que Hugo les había conseguido. El guardia las examinó, hizo una llamada murmurando en italiano rápido y finalmente asintió, abriéndoles el paso con un gesto marcial.

Caminaron por los pasillos de piedra antigua del castillo, donde la humedad de siglos se filtraba por las paredes, hasta llegar a una oficina moderna incrustada en la fortaleza medieval, con ventanales blindados que daban a la bahía y al volcán.

El Capitán **Marco Valente** estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a ellos. Cuando se giró, María confirmó que la foto del dossier no le hacía justicia. Era

alto, de complexión atlética pero elegante, con el pelo negro peinado hacia atrás con gomina y un uniforme que parecía hecho a medida por un sastre de la Vía Montenapoleone. No había ni una arruga en su chaqueta.

— *Signora* Vander —dijo Valente con una voz de barítono, ignorando al resto y besando la mano de Elena con una cortesía antigua, casi teatral—. La Fundación Barrows. Un apellido con peso. Nobleza sin título, pero con más oro que el Vaticano, según dicen las malas lenguas.

— El placer es nuestro, Capitán —respondió Elena en un italiano fluido, devolviéndole la sonrisa fría—. Permítame presentarle a mi equipo técnico. La Dra. Hansen, historiadora. El Sr. Silva, especialista en sistemas. El Sr. Halvarsson, logística. Y la Srta. Souto... jefa de seguridad y operaciones.

Valente estrechó la mano de cada uno con precisión quirúrgica. Cuando llegó a María, su apretón fue firme, y sus ojos oscuros, inteligentes y cínicos, se clavaron en los de ella.

— "Seguridad y Operaciones" —repitió Valente en un español con ligero acento—. Un título curioso para una fundación filantrópica. Tiene usted callos en la mano derecha, Srta. Souto. Y una cicatriz pequeña en la barbilla. De empuñar un arma y de recibir golpes, diría

yo. Camina como alguien que espera ser atacado en su propio despacho.

María sostuvo la mirada, sin parpadear, reconociendo a otro depredador.

— El mundo del arte es peligroso, Capitán. Hay mucha gente que cree que la historia les pertenece solo porque tienen una cuenta bancaria grande. Usted mejor que nadie debería saberlo.

Valente sonrió, una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

— Touché. Tomen asiento.

Se sentaron alrededor de una mesa de cristal de diseño. Valente no se sentó. Se apoyó en el borde de su escritorio, cruzando los brazos, dominando la sala desde arriba.

— He leído su solicitud. Quieren permiso para realizar escaneos de sonar en la zona A de la reserva arqueológica de Baiae. Dicen que buscan "patrones de sedimentación anómalos".

— Exacto —intervino Evelyn, nerviosa—. Creemos que la actividad volcánica está afectando a los mosaicos sumergidos y...

— Ahórrese la jerga, *Dottoressa* —la cortó Valente con frialdad—. Sé quiénes son. O al menos, sé lo que no

son. Ningún equipo académico viaja en un Gulfstream G650 privado, se aloja en las suites del Gran Hotel Vesubio y tiene un hacker que intentó sondear mi firewall hace diez minutos.

Lucas se encogió en su asiento, culpable.

El ambiente en la sala bajó diez grados de golpe. Erik tensó los músculos bajo su chaqueta, listo para la violencia.

— Capitán —dijo Elena, manteniendo la calma glacial—, la Fundación Barrows tiene recursos...

— La Fundación Barrows tiene una historia familiar que parece una tragedia griega —interrumpió Valente, cogiendo una carpeta de su mesa—. Perdieron sus títulos nobiliarios en 1918, pero mantuvieron su fortuna traficando con información durante la Guerra Fría. Y hace un año, estuvieron involucrados en un incidente violento en el mar Cantábrico. Mercenarios. Explosiones. Y usted, Srta. Souto... era inspectora de policía en España hasta que pidió una excedencia permanente.

Valente lanzó la carpeta sobre la mesa. Se deslizó hasta detenerse frente a María.

— No sé qué buscan en mi mar. Quizás buscan el mismo barco fantasma que Nexus Maritime está buscando, ese

Argo que lleva dos días dando vueltas en el límite de mis aguas territoriales como un buitre. Pero quiero dejarles una cosa clara.

Valente se inclinó hacia delante, invadiendo el espacio personal de María, oliendo a colonia cara y tabaco.

— Esto no es el Salvaje Oeste. Esto es Italia. Aquí, el patrimonio es sagrado. Es nuestra sangre. Si encuentro a uno de sus buzos sacando un solo clavo romano del fondo sin mi permiso, los meteré en una celda tan oscura y húmeda que tendrán que buscar la luz del sol en Google. ¿*Capisci*?

María sonrió. Le gustaba este tipo. Era duro. Era legal. Y era un obstáculo formidable.

— Lo entendemos perfectamente, Capitán —dijo María, levantándose despacio—. No tocaremos nada. Solo miramos. Somos turistas con curiosidad histórica.

— Eso espero —dijo Valente, enderezándose—. Mis patrulleras tienen órdenes de vigilarlos las 24 horas. Disfruten de la pizza y del paisaje.

El equipo salió del despacho. El silencio duró hasta que cruzaron el puente y llegaron al coche. El viento marino parecía limpiar la tensión.

— Nos tiene calados —dijo Lucas, respirando hondo—. Sabe lo del *Argo*. Y sabe quiénes son los Barrows.

— Es bueno —admitió Erik—. Muy bueno. Tiene instinto.

Elena miró a María.

— ¿Y ahora qué? Nos ha denegado el permiso implícitamente. Si metemos el sonar activo, nos detectará y nos detendrá. Ese hombre no bromeaba con lo de la cárcel.

María miró hacia el castillo, donde la figura de Valente se recortaba en la ventana vigilándolos como una gárgola moderna.

— No podemos pedir permiso. Pero tampoco podemos quedarnos quietos mientras Víctor se lleva el premio. —María miró a Lucas—. Lucas, ¿puedes hackear la red de boyas de monitoreo volcánico que hay en la bahía?

— ¿Las del Instituto de Geofísica? —Lucas parpadeó—. Sí, claro. Sus contraseñas son de chiste. ¿Pero para qué?

— Valente dijo que no podíamos meter "nuestros" sonares. No dijo nada de usar los que ya están ahí. Vamos a usar los sensores de terremotos para triangular la posición del oricalco.

— Eso es una laguna legal muy fina, María —advirtió Elena, con una media sonrisa—. Me gusta.

— Es la única que tenemos. Esta noche, cenamos en Puteoli. Y mañana... mañana empezamos a buscar.

CAPÍTULO 6
LA BAHÍA DE LOS EMPERADORES

Localización: Parque Arqueológico Sumergido de Baiae. Pozzuoli (Nápoles).
Hora: 09:00 AM. Día siguiente.

El mar Tirreno estaba en calma, una lámina de cristal azul turquesa bajo el sol de la mañana. Desde la superficie, parecía un día idílico. Pequeñas embarcaciones con fondo de cristal navegaban despacio, llenas de turistas que miraban hacia abajo maravillados, ajenos a la carrera contra el tiempo que sucedía bajo sus pies.

En una lancha neumática alquilada, sin logotipos y con matrícula local, María Souto y Erik Halvarsson se preparaban para el agua. No llevaban equipos de buceo técnico, ni rebreathers, ni armas visibles. Solo máscaras, aletas y tubos de snorkel. Parecían una pareja adinerada disfrutando de sus vacaciones en la Costa Amalfitana.

Pero bajo el agua, la realidad era otra.

María se ajustó la máscara y se dejó caer al agua. El choque térmico fue agradable. Al abrir los ojos, el mundo cambió.

Debajo de ella, a solo cinco metros de profundidad, yacía una ciudad romana congelada en el tiempo. Baiae, la antigua "Las Vegas" del Imperio Romano, la zona de recreo de emperadores como Nerón y Adriano, se había hundido siglos atrás debido al bradisismo volcánico.

María aleteó suavemente sobre una calzada romana perfectamente pavimentada, donde los peces nadaban entre las grietas. Vio los restos de una villa patricia, columnas de mármol caídas y estatuas cubiertas de algas y esponjas marinas que parecían mirarla con ojos blancos y ciegos.

Era hermoso. Y era el escondite perfecto.

— *Radio check* —dijo María, hablando por el comunicador de garganta oculto bajo su traje de baño

de neopreno.

— *Alto y claro, María* —respondió Lucas desde la habitación del hotel, a tres kilómetros de distancia—. *Estoy dentro de la red del INGV (Instituto Nacional de Geofísica y Vulcanología). Tengo acceso a los sismógrafos del fondo marino. Me siento como hackeando la Tierra.*

— ¿Ves algo?

— *Veo demasiado. Esta zona es un infierno geológico. Hay cientos de micro-terremotos diarios por el magma del Vesubio. Es como intentar escuchar un susurro en un concierto de Heavy Metal.*

— Filtra el ruido, Lucas —intervino Erik, que flotaba cerca de María, observando una estatua del emperador Claudio con desconfianza—. Busca la resonancia del oricalco. Evelyn dijo que es una frecuencia armónica, limpia, no un temblor caótico.

María siguió nadando. Pasó sobre el Ninfeo de Punta Epitaffio. A lo lejos, vio la sombra amenazante de una patrullera de los *Carabinieri*. El Capitán Valente cumplía su palabra: les estaba vigilando con prismáticos. Pero no podía saber que, mientras ellos fingían hacer snorkel, Lucas estaba usando los propios sensores del gobierno italiano para escanear el subsuelo profundo.

Pasaron veinte minutos tensos. María empezaba a tener frío.

De repente, la voz de Lucas cambió de tono.

— Esperad... tengo algo. Sensor 4, sector oeste. Hay una anomalía constante. No es volcánica. Es metálica. Vibra en La mayor, por decirlo así.

— ¿Ubicación? —preguntó María, deteniéndose.

— A quinientos metros de vuestra posición, pero mucho más profundo. En el borde de la caldera, donde el fondo cae hacia el abismo. Coincide con la ruta del mapa robado.

María miró hacia el azul profundo, donde el fondo de arena blanca desaparecía en la oscuridad azul oscuro del talud continental.

— Lo tenemos —susurró—. Hemos encontrado la Nave de Tarsis.

— Voy a triangular la posición exacta y enviársela a Hugo —dijo Lucas, eufórico—. *Con estos datos, podemos solicitar una intervención de emergencia a la UNESCO y bloquear a Vargas antes de que su barco nuclear llegue.*

María y Erik subieron a la lancha. Se quitaron las máscaras, respirando el aire salado con una mezcla de alivio y triunfo.

— Llama a Madrid —dijo María, secándose el pelo con una toalla—. Quiero que Hugo vea esto en directo. Necesita una victoria.

Lucas conectó la videollamada satelital. En la tablet estanca que María sostenía, apareció la imagen nítida del despacho de Hugo Barrows en la planta 50 de la Torre en Madrid. "El Nido".

Hugo estaba de pie, mirando por el ventanal hacia la sierra de Madrid. Al oír la conexión, se giró. Tenía ojeras marcadas.

— *¡Inspectora! Lucas me dice que habéis pescado algo grande*.

— Más grande que grande, Hugo —dijo María, sonriendo por primera vez en días—. Tenemos las coordenadas. El oricalco está ahí abajo. Vargas ha perdido la carrera. Tu inversión ha valido la pena.

Hugo suspiró, un sonido largo y pesado. Se sentó en el borde de su mesa.

— No es por la inversión, María. Es por él. Por Víctor.

—Hugo se frotó la cara—. Mi familia... los Barrows... siempre hemos creído que estábamos por encima de la ley. Mi abuelo perdió el título de Conde, pero nunca perdió la arrogancia. Víctor es la encarnación de eso. Él cree que ese tesoro es suyo por derecho divino, solo porque tiene la sangre adecuada.

— Pues vamos a demostrarle que la sangre no importa —dijo María—. Importan los actos.

— *Excelente. Voy a preparar a mi equipo legal para...*

Hugo se detuvo en seco. Su sonrisa desapareció. Miró hacia algo fuera de cámara, hacia la puerta de su despacho.

— *¿Qué...? ¿Cómo han entrado ahí?* —La voz de Hugo sonó alarmada, aguda.

— ¿Hugo? —preguntó María, sintiendo un nudo instantáneo en el estómago—. ¿Qué pasa?

En la pantalla, vieron cómo las luces rojas de emergencia de la Torre Barrows empezaban a parpadear, bañando el despacho en un tono carmesí infernal.

— *¡Seguridad! ¡Tengo una intrusión en el nivel ejecutivo!* —gritó Hugo, retrocediendo hacia el ventanal—. *¡Cortad los ascensores! ¡Bloquead el sistema!*

Un sonido sordo, como una explosión lejana pero poderosa, se filtró por el micrófono de Hugo. La cámara tembló violentamente.

— *¡Están en el techo!* —exclamó Hugo, mirando hacia arriba con terror—. *¡Drones! ¡Son drones suicidas!*

— ¡Sal de ahí, Hugo! —gritó Erik, acercándose a la pantalla—. ¡Corre al búnker! ¡Olvida los ordenadores!

Entonces, la puerta del despacho de Hugo, esa puerta blindada de cristal que parecía impenetrable, estalló en mil pedazos. Humo negro y denso llenó la sala en segundos.

A través del humo, María vio figuras entrando. No eran policías. Llevaban máscaras de gas que parecían calaveras y equipo táctico pesado con el logotipo de una serpiente mordiéndose la cola.

Nexus.

— *¡María!* —gritó Hugo, mirando a la cámara con terror absoluto, un terror infantil que rompió su máscara de magnate—. *¡Víctor! ¡Es Víc...!*

La imagen se congeló.

Hubo un destello blanco cegador en la pantalla. Una explosión masiva, termobárica, que saturó el sensor de

la cámara y cortó el audio.

Y luego, estática.

— *NO SIGNAL*.

María se quedó mirando la pantalla negra de la tablet, con el sonido suave del mar de fondo, incapaz de procesar lo que acababa de ver.

Lucas, en el auricular, estaba gritando, histérico.

— *¡He perdido la señal! ¡He perdido el enlace con Madrid! ¡Todos los servidores de la Torre Barrows están offline! ¡Es como si la torre hubiera dejado de existir!*

Erik le arrancó la tablet a María de las manos, como si pudiera arreglarla con la fuerza bruta.

— Lucas, informe de daños. ¡Ahora!

La voz de Lucas temblaba, rota por el llanto.

— *Estoy... estoy viendo las noticias locales de Madrid en Twitter. Hay humo... Dios mío, hay fuego saliendo de las últimas cinco plantas. Dicen... dicen que ha habido una explosión estructural en la Castellana. La planta 50 ha desaparecido.*

María se dejó caer en el banco de la lancha. El sol de Nápoles seguía brillando, los turistas seguían riendo en

los barcos cercanos, pero su mundo acababa de volverse gris y frío.

— Hugo... —susurró.

Elena Vander, que escuchaba desde el hotel, intervino por la radio con una voz gélida, profesional, conteniendo el pánico con un esfuerzo titánico.

— No lo sabemos. No sabemos si está muerto. Víctor lo odia, pero es un Barrows. Lo necesita vivo para acceder a las cuentas familiares suizas. Si ha sido un equipo de extracción, se lo han llevado antes de la bomba.

— Han volado nuestra base —dijo Erik, mirando al horizonte con ojos de asesino, apretando los puños con fuerza—. Nos han dejado ciegos. Sin satélites. Sin dinero. Sin Hugo.

María levantó la vista. Vio la patrullera de Valente acercándose, cortando el agua, para inspeccionarlos. Ya no podían jugar a los turistas. Se acabó la farsa.

— No tenemos tiempo para el duelo —dijo María, recuperando esa dureza que la mantenía viva—. Lucas, activa el protocolo "Lázaro".

— *¿Lázaro?* —sollozó Lucas—. *¿Te refieres a...?*

— A La Toja. Transfiere todo lo que puedas a los servidores fríos del búnker en Galicia antes de que nos

corten el acceso remoto. Nos vamos de Italia.

— ¿Qué? —preguntó Erik—. ¿Abandonamos el tesoro?

— No —dijo María, arrancando el motor de la lancha con un tirón violento—. Lo dejamos en pausa. Ahora tenemos una misión más urgente. Han secuestrado a nuestro amigo. Y han cometido el error de dejarnos vivos.

María aceleró, cruzando la bahía de los emperadores romanos, dejando atrás las ruinas de un imperio caído para ir a salvar lo que quedaba del suyo.

— Avisa a Elena. Que haga las maletas. Nos replegamos a Galicia. A la cueva.

CAPÍTULO 7
OMERTÀ

Localización: Puerto de Mergellina / Barrios Españoles. Nápoles.
Hora: 10:45 AM.

La lancha neumática golpeó el muelle de piedra del puerto de Mergellina con violencia. Erik saltó primero, asegurando el cabo con un movimiento rápido, mientras María ayudaba a Lucas a desembarcar con los equipos electrónicos salvados. El chico estaba pálido, abrazado a su mochila como si fuera un salvavidas.

La noticia de la explosión en Madrid flotaba sobre ellos como una nube tóxica. Lucas seguía mirando su teléfono sin señal, con los ojos rojos.

— Han cortado todo —repetía el chico, con la voz rota—. Cuentas bancarias, servidores, identidades

digitales... Hugo ha desaparecido del sistema. Oficialmente, la Fundación Barrows está bajo investigación por "terrorismo financiero y auto-sabotaje". Han girado la narrativa. Los telediarios dicen que Hugo voló su propia torre para ocultar un fraude. Víctor ha ganado la guerra de la información en diez minutos.

Elena Vander, que les esperaba en el muelle tras haber bajado del hotel con lo puesto y su inseparable maletín, estaba pálida pero mantenía su postura de hierro.

— He recibido una llamada de un contacto en la Europol —dijo Elena, bajando la voz—. Hay una orden de detención internacional cursándose en este momento contra María Souto y Erik Halvarsson por el ataque en Riotinto y el "sabotaje" en Madrid. Víctor se ha movido rápido. Nos ha incriminado. Somos fugitivos de nivel rojo.

— Tenemos que salir de Italia —dijo María, cargando su mochila—. Si llegamos al jet...

— El jet ha sido inmovilizado en Capodichino —cortó Elena—. Y nuestras tarjetas de crédito "ilimitadas" ahora son trozos de plástico inútil. Estamos atrapados, sin dinero y buscados por todas las policías de Europa.

Erik escaneó el paseo marítimo. Turistas comiendo helado, tráfico denso, ruido de sirenas lejanas... y dos

hombres en una moto *scooter* negra, parados a cincuenta metros, que no miraban al mar, sino a ellos. Llevaban cascos oscuros y chaquetas de cuero a pesar del calor.

— Tenemos compañía —advirtió el vikingo—. A las tres. No son policías. Camorra.

Los dos hombres de la moto se bajaron. Uno de ellos sacó un teléfono, dijo algo rápido y señaló al grupo. En cuestión de segundos, dos coches oscuros, Mercedes antiguos con los cristales tintados, aparecieron por la calle lateral, chirriando ruedas, bloqueando la salida del puerto.

— No vienen a detenernos —dijo Erik, sacando su hacha táctica de la bolsa de deporte—. Vienen a limpiar los cabos sueltos. Víctor ha puesto precio a nuestras cabezas y ha contratado a los locales.

— ¡Al callejón! —ordenó María—. ¡Hacia el Barrio Español! ¡Allí no pueden meter los coches!

Corrieron.

Cruzaron la avenida esquivando el tráfico suicida de Nápoles, saltando sobre capós de coches que pitaban furiosos, y se metieron en el laberinto de los *Quartieri Spagnoli*. Calles estrechas, empinadas y claustrofóbicas, donde la ropa tendida cruzaba de

balcón a balcón tapando el sol, creando un túnel de sombras y humedad.

Los sicarios de la Camorra les siguieron a pie. Eran cuatro. Jóvenes, rápidos, tatuados y armados con pistolas automáticas. Conocían el terreno.

Un disparo resonó en el callejón, rompiendo una botella de vino en una mesa junto a la cabeza de Evelyn. El vino tinto salpicó como sangre. La gente empezó a gritar y a correr, cerrando portones de madera y ventanas con postigos verdes.

¡Bang! ¡Bang!

— ¡Lucas, Evelyn, delante! —gritó María, girándose y disparando dos veces para cubrir la retirada. Sus balas impactaron en el estuco de una pared, levantando polvo rosa.

Erik agarró un contenedor de basura metálico lleno de botellas y lo lanzó calle abajo con una fuerza brutal. El contenedor rodó con un estruendo infernal, bloqueando el paso a los perseguidores momentáneamente.

— ¡Están cerrando el perímetro! —gritó Lucas, mirando el mapa offline en su reloj—. ¡Hay más viniendo por la Vía Toledo! ¡Nos están pastoreando hacia una emboscada en la plaza! ¡Es como en *Pac-Man*, nos tienen rodeados!

Llegaron a una pequeña plaza con una fuente antigua y una imagen de la Virgen en la pared. Estaban rodeados. Por las tres calles que desembocaban allí, aparecieron hombres armados. No había salida.

María contó las balas que le quedaban. Tres. Erik apretó el mango de su hacha.

— Fue un honor, jefa —dijo el vikingo, preparándose para cargar contra seis hombres armados.

Uno de los sicarios, un hombre con un tatuaje de una lágrima bajo el ojo, sonrió y levantó su arma.

— *Arrivederci*.

De repente, el rugido de una sirena bitonal llenó la plaza, rebotando en las paredes de piedra. Un Alfa Romeo Giulia de los *Carabinieri*, azul oscuro con la franja roja, entró derrapando en la plaza, llevándose por delante una mesa de terraza y frenando en seco entre el equipo de María y los sicarios.

La puerta del conductor se abrió. El Capitán Marco Valente salió. Impecable como siempre, pero esta vez no llevaba una carpeta. Llevaba un subfusil Beretta PM12 colgado del hombro.

— *¡Fermi tutti!* —gritó Valente con una voz de autoridad que hizo temblar las ventanas—. *¡Carabinieri!*

Los sicarios de la Camorra dudaron. Matar a turistas o espías extranjeros era un negocio; disparar a un Capitán del TPC a plena luz del día era una declaración de guerra al Estado que no querían empezar.

— Capitán —dijo el líder de los sicarios, bajando el arma levemente—. Esto no es asunto suyo. Estos son terroristas buscados. Tenemos órdenes de...

— ¿Órdenes de quién? —interrumpió Valente, apuntándole al pecho sin temblar—. ¿De un fantasma español? ¿Desde cuándo la Camorra hace el trabajo sucio de aristócratas extranjeros en *mi* ciudad?

Valente amartilló el arma. *Clack*.

— Largo de aquí. O juro por la Madonna que haré que la Guardia de Finanzas audite hasta la última pizzería de vuestro clan y meta a vuestras madres en la cárcel por blanqueo.

El sicario escupió al suelo, miró a María con odio puro y luego hizo una señal a sus hombres. Guardaron las

armas y desaparecieron por los callejones tan rápido como sombras, fundiéndose con la ciudad.

Valente se giró hacia María. Su rostro era una máscara de furia contenida.

— Suban al coche. Ahora.

Nadie discutió. Se apilaron en el coche patrulla. Valente arrancó, puso la sirena y salió disparado por las calles de Nápoles, saltándose semáforos en rojo y obligando a los peatones a saltar.

— Supongo que debería darte las gracias —dijo María desde el asiento del copiloto, recuperando el aliento.

— No me dé las gracias —replicó Valente, tomando una curva cerrada a ochenta kilómetros por hora—. Acabo de salvarles la vida para poder interrogarles. He visto las noticias de Madrid. Una torre de cincuenta plantas volada. Eso no es robo de arte, Souto. Eso es terrorismo. Eso es guerra.

— Fue Víctor Barrows —dijo Elena desde atrás—. El mismo hombre que está pagando a esos sicarios. Ha secuestrado a su propio sobrino y nos ha incriminado. Es una purga familiar.

Valente frenó el coche en un mirador apartado de Posillipo, lejos de la ciudad, con vistas al Golfo. Apagó la sirena. Se hizo un silencio tenso, solo roto por el tic-tac

del motor enfriándose.

— Conozco a familias como los Barrows —dijo Valente mirando el Vesubio—. Viejos linajes europeos que creen que las leyes son para la gente pobre. Llevo diez años persiguiendo a ladrones de tumbas, pero esto... armas, bombas... esto ensucia el mar. Mi gobierno ha recibido la orden de detención. Si los llevo a comisaría, los extraditarán y Víctor ganará. Él tiene a los jueces comprados.

— Entonces no nos lleves —dijo María—. Ayúdanos a destruirlos. Nos vamos a dividir. Erik y yo seguiremos el rastro de las armas hasta Sudamérica. Elena irá a Estrasburgo a luchar en los tribunales.

— ¿Y Grecia? —preguntó Valente—. La señal del dinero apuntaba a una subasta en Mykonos.

— Alguien tiene que ir allí —dijo María—. Alguien que sepa de arte. Alguien que pueda infiltrarse en una fiesta de millonarios criminales sin levantar sospechas. Alguien con clase, que sepa diferenciar un Caravaggio de una copia. Alguien como usted.

Todos miraron a Valente. El capitán arqueó una ceja, sorprendido.

— ¿Me están pidiendo que cometa un delito internacional, falsifique pruebas y actúe sin jurisdicción en Grecia?

— Le estamos pidiendo que salve la historia, Marco —dijo Elena, usando su nombre de pila por primera vez—. Y que impida una guerra. A veces, para proteger la ley, hay que romperla un poco.

Valente suspiró, alisándose la chaqueta del uniforme, luchando contra su propia rigidez.

— No puedo ir solo. Necesito a alguien que valide las piezas arqueológicas para probar el fraude.

Valente miró a Evelyn a través del retrovisor. La historiadora, con su ropa de "turista" sucia de polvo y sus gafas torcidas, tragó saliva.

— Yo... yo soy de biblioteca, Capitán. No soy espía. Me dan miedo las armas.

— Tendrá que aprender rápido, *Dottoressa* —dijo

Valente, con una leve sonrisa canalla—. Espero que tenga un vestido de noche en esa mochila. Porque nos vamos a una fiesta. Y odio ir mal acompañado.

María sintió un alivio inmenso. Tenían al italiano.

— Lucas, ¿tenemos forma de salir de aquí? —preguntó María.

— El jet está bloqueado —dijo Lucas—. Pero hay un tren de mercancías que sale hacia el norte en una hora. Vagones de carga sellados. Y desde allí... podemos llegar a Galicia por carretera secundaria.

— A La Toja —confirmó María—. Al búnker. A casa.

Valente arrancó el coche.

— Les llevaré a la estación. Pero si esto sale mal, yo no les conozco. Y si sale bien... —Valente miró a María con respeto—... me deberán una pizza de verdad. No esa basura congelada que comen en España.

CAPÍTULO 8
EL CONSEJO DE LA CRIPTA

Localización: Subsuelo del Gran Hotel. Isla de A Toxa (Pontevedra).
Hora: 02:00 AM. 48 horas después de la huida de Nápoles.

La furgoneta de reparto de marisco (robada en el puerto de Vigo) cruzó el puente decimonónico que unía la península de O Grove con la isla de A Toxa. La lluvia gallega, fina y constante, caía con una familiaridad tranquilizadora, lavando el polvo de Italia y el miedo de la huida.

María conducía con los ojos cansados. Erik iba de copiloto, vigilando los retrovisores. No había moros en la costa. Solo oscuridad, pinos centenarios y el olor inconfundible a ría baja, a sal y lodo.

Aparcaron en la zona de carga trasera del Gran Hotel, un edificio majestuoso que parecía dormir bajo la lluvia. María sacó una llave magnética antigua, un regalo de Iñigo de hacía años. Abrieron una puerta de servicio oxidada, oculta tras unos contenedores de reciclaje, y descendieron.

El aire cambió. Dejó de oler a lluvia y empezó a oler a minerales, a azufre termal y a piedra mojada. Estaban en las entrañas del antiguo balneario.

Bajaron tres niveles, pasando tuberías de cobre que silbaban con agua termal caliente, hasta llegar a una puerta de acero reforzado que parecía la entrada a una cámara acorazada suiza. María puso su ojo en el escáner de retina. El mecanismo, alimentado por generadores independientes geotérmicos, zumbó.

Clack-Pssssshh.

La puerta se abrió con un suspiro hidráulico.

Lucas corrió hacia la consola central antes de que las luces se encendieran del todo.

— ¡Iniciando secuencia de arranque! —gritó, lanzando su mochila al suelo—. ¡Servidores espejo en línea! ¡Que se haga la luz!

Las pantallas de la "Cripta" cobraron vida, iluminando las paredes de granito húmedo con un resplandor azul

eléctrico. El zumbido de los ventiladores se mezcló con el goteo de la humedad. Era una cueva, sí, pero era la cueva más avanzada tecnológicamente de Europa. El refugio de Iñigo, ahora su última trinchera.

— ¿Estado de Hugo? —preguntó Elena, dejando su maletín sobre una mesa de madera maciza, con el rostro demacrado por el viaje.

Lucas tecleó furiosamente. Su rostro, iluminado por los monitores, pasó de la esperanza a la desolación absoluta.

— Nada. El "Nido" en Madrid es ceniza. Los servidores principales están fundidos. No hay rastro de Hugo en los hospitales ni en la morgue. No hay certificado de defunción. Se lo han llevado.

— Víctor lo tiene —sentenció Erik, limpiando su hacha con un trapo aceitoso, un movimiento rítmico y amenazante—. Lo usará como escudo humano y como llave bancaria. Hugo tiene los códigos de la Fundación

en su cabeza.

María se situó frente al mapa holográfico que dominaba el centro de la sala. Se sentía agotada, cada hueso le dolía, pero la seguridad de estar en casa, bajo toneladas de granito gallego, le devolvía la claridad.

Elena se dejó caer en una silla, mirando al techo de piedra.

— Los Barrows... —murmuró la abogada—. Siempre supe que acabarían matándose entre ellos. Son como los Borgia, pero con Wi-Fi. Hugo intentó ser diferente, intentó usar el dinero manchado de sangre de su familia para hacer el bien. Pero Víctor... Víctor es la sangre original. Él cree que el mundo es su coto de caza privado.

— Víctor quiere ganar tiempo —dijo María, interrumpiendo la reflexión—. Ha volado nuestra base y nos ha incriminado para mantenernos ocupados huyendo, mientras él recupera el tesoro y cierra el trato de las armas. Cree que estamos corriendo por nuestras vidas, asustados.

María miró a su equipo. Estaban sucios, cansados, hambrientos y perseguidos por la Interpol. Pero seguían allí. En la Cripta.

— Vamos a demostrarle que se equivoca. No vamos a correr. Vamos a dividirnos y a atacarle donde más le duele: en su dinero, en su impunidad y en su orgullo aristocrático.

María amplió el mapa del mundo. Tres puntos rojos se iluminaron, conectando la conspiración global.

— **Frente Uno: Estrasburgo.** —María miró a Elena—. Necesitamos que alguien limpie nuestros nombres y exponga a Nexus ante la Unión Europea. Elena, tú eres la única que puede navegar por ese nido de víboras. Irás al Tribunal de Derechos Humanos y a la sede de la Europol. Tienes los archivos del oricalco y los registros sísmicos de Italia. Demuestra que Nexus es una organización terrorista. Bloquea sus cuentas. Haz que cada puerto de Europa sea hostil para el *Argo*. Asfíxialos financieramente.

Elena asintió, alisándose la falda arrugada y recuperando su mirada de tiburón legal.

— Necesitaré falsificar mi pasaporte para cruzar Francia. Pero una vez allí... haré que deseen no haber nacido. Voy a enterrarlos en una montaña de papel y demandas. Víctor Barrows va a saber lo que es la burocracia europea enfadada.

— **Frente Dos: Mykonos, Grecia.** —María señaló el Egeo—. La señal del dinero de Víctor apuntaba a una

subasta privada en la mansión de un testaferro griego. Van a vender diamantes de sangre y arte robado para financiar la operación de armas. Necesitamos entrar ahí y conseguir la "Llave Maestra Digital" de Víctor. Los libros de contabilidad negros.

Evelyn dio un paso atrás, nerviosa.

— Yo no puedo ir allí, María. Soy historiadora. No sé mentir. Me pongo roja cuando no pago el billete del metro.

— No irás sola —dijo Lucas, activando una videollamada segura en la pantalla principal.

La imagen del Capitán Valente apareció. Estaba en una oficina oscura, vestido de civil, con una camisa blanca desabrochada y un vaso de whisky en la mano. Parecía cansado, pero peligroso.

— *Buonasera, signori* —dijo el italiano—. Tengo el transporte listo. Un hidroavión privado saldrá de Brindisi mañana al amanecer. Evelyn, tú serás mi experta tasadora, la "Baronesa Von Hansen". Yo seré un comprador corrupto interesado en antigüedades ilegales.

— ¿Y si nos descubren? —preguntó Evelyn con un hilo de voz.

— *Si nos descubren, Dottoressa, le prometo que el*

champán será lo último que le preocupe. Pero no lo harán. Usted conoce la historia. Ellos solo conocen el precio. Eso nos da ventaja. Y yo llevo una Beretta debajo del esmoquin.

María asintió a la pantalla.

— Cuida de ella, Marco.

— **Frente Tres: La Triple Frontera.** —María señaló Sudamérica. El punto rojo parpadeaba entre Paraguay, Brasil y Argentina, en medio de la selva—. Erik y yo seguiremos el rastro sucio. Hemos interceptado comunicaciones del *Argo*. Han desviado un carguero secundario, el *Scylla*, hacia la Hidrovía Paraná-Paraguay.

— ¿Qué llevan? —preguntó Elena.

—Oficialmente, maquinaria agrícola. Extraoficialmente... creemos que es el pago. Armamento pesado de contrabando para una facción guerrillera. Si interceptamos ese cargamento, tendremos la prueba definitiva de delitos de lesa humanidad.

Erik sonrió. Una sonrisa depredadora que iluminó su rostro cansado.

— La selva. Mosquitos, calor y mercenarios. Me siento como en casa.

— Lucas —dijo María, girándose hacia el hacker—, tú te

quedas aquí. Eres el "Ojo de Dios" ahora. Desde este búnker coordinarás a los tres equipos. Nos darás cobertura, falsificarás documentos, bloquearás las cámaras de seguridad y nos avisarás si Víctor se mueve. Eres el capitán del barco ahora.

Lucas se ajustó las gafas, sintiendo el peso de la responsabilidad.

— Entendido. Nadie entra en mi red. Voy a levantar un firewall tan denso que ni la NSA podrá pasar. Esto va a ser épico.

María se quitó la chaqueta y se remangó la camisa. Miró el reloj de Iñigo en su muñeca. Marcaba las tres de la madrugada.

— Bien. Tenemos cuatro horas para dormir, comer y equiparnos. Erik, abre la armería de la pared norte. Coge lo que necesitemos para la selva. Elena, coge los fondos de emergencia de la caja fuerte oculta. Evelyn... ve a descansar. Mañana te conviertes en actriz.

El equipo se dispersó por la Cripta. Por primera vez en días, había un propósito claro. Ya no eran víctimas huyendo en la oscuridad. Eran una manada de lobos cazando en tres continentes.

María se quedó sola frente al mapa holográfico. Tocó la

luz que representaba a Hugo, desaparecido en algún lugar del mar Tirreno.

— Aguanta, jefe —susurró al vacío de piedra—. Ya vamos. *Malo será*.

CAPÍTULO 9
VALS EN MYKONOS

Localización: Villa Kratos. Isla de Mykonos (Grecia).
Hora: 21:00 PM.

La noche en el Egeo no era simplemente oscura; era de un azul profundo y aterciopelado, salpicada de estrellas que parecían competir con las luces artificiales de la costa. El aire olía a una mezcla embriagadora de jazmín, salitre y dinero viejo.

La Villa Kratos no era una casa; era una declaración de intenciones obscena tallada en mármol blanco sobre un acantilado privado. Decenas de coches de lujo —Lamborghinis de colores neón, Rolls-Royce sobrios, Bugattis que parecían naves espaciales— se agolpaban en la entrada de gravilla blanca, dejando salir a hombres

con esmoquin y mujeres con vestidos de alta costura que costaban más que el sueldo anual de un policía honesto.

Un Bentley clásico de los años 50, alquilado por la Fundación Barrows antes del bloqueo financiero, se detuvo suavemente frente a la escalinata iluminada con antorchas de fuego real. El Capitán Marco Valente bajó primero. Llevaba un esmoquin de corte napolitano que le quedaba como una segunda piel, ocultando la pistola Beretta en la sobaquera con una naturalidad pasmosa. Rodeó el coche y abrió la puerta para Evelyn.

La historiadora bajó, temblando ligeramente sobre unos tacones de aguja vertiginosos. Llevaba un vestido de seda azul noche que dejaba la espalda al aire y un collar de diamantes (una imitación perfecta sacada del almacén de pruebas de la policía italiana) que brillaba bajo los focos con una luz fría.

— Respire, *Dottoressa* —susurró Valente al oído, ofreciéndole el brazo con una galantería ensayada—. Parece que va al cadalso en lugar de a una fiesta. Relaje los hombros.

— Siento que voy a vomitar, Marco —susurró ella, aferrándose a su brazo con fuerza, clavándole las uñas—. Nunca he estado en una fiesta así. Me siento un fraude. Todos van a notar que soy una rata de biblioteca

disfrazada.

— Escúcheme bien. —Valente la detuvo un segundo y la miró a los ojos con intensidad—. Usted es la baronesa Von Hansen. Es rica, está aburrida y desprecia a toda esta gente. La arrogancia es el mejor disfraz en estos círculos. Si alguien la mira mal, levante la barbilla y mírelo como si fuera un insecto que ha entrado en su sopa.

— ¿Y si me preguntan por mi linaje?

— Dígales que es tan antiguo que hablar de él es de mala educación. Yo sí he estado en fiestas así. Y créame, son todos ladrones con mejor ropa y mejor colonia. Vamos.

Entraron. El salón principal era una orgía de lujo desmedido. El suelo era de mosaico romano auténtico (probablemente robado de alguna villa en Sicilia). Camareros con bandejas de plata circulaban entre columnas dóricas que sostenían un techo abierto al cielo estrellado. En el centro, expuestas en vitrinas blindadas con iluminación láser, estaban las piezas de la subasta: estatuas griegas decapitadas, joyas bizantinas y, en el lugar de honor, una estela de piedra caliza con inscripciones fenicias.

Lucas, desde el auricular oculto de Evelyn (y desde la seguridad del búnker en Galicia), intervino con su voz metálica:

— Madre mía, Evelyn. Eso parece la Cantina de Mos Eisley pero con gente guapa y sin alienígenas... creo. Detecto tres redes Wi-Fi ocultas y un sistema de seguridad biométrico en la planta superior. El despacho del malo está arriba, protegido como la Estrella de la Muerte.

Valente se movía por la sala como un tiburón en un acuario, saludando con la cabeza, rechazando copas de champán con una sonrisa educada, escaneando el perímetro con ojos de policía.

— Tres guardias en la puerta norte. Cámaras de 360 grados en las esquinas —murmuró sin mover los labios, como un ventrílocuo—. El despacho del testaferro está en la planta superior. Necesito que cree una distracción mientras yo subo a clonar el servidor y buscar los archivos de Víctor.

— ¿Qué tipo de distracción? —preguntó Evelyn, sintiendo el sudor frío bajando por su espalda.

Valente se detuvo frente a la estela fenicia. Un hombre bajo, calvo y sudoroso, con un traje que brillaba demasiado, el anfitrión griego Nikos Vlachos, estaba presumiendo de ella ante un grupo de inversores rusos que bebían vodka como si fuera agua.

— Esa pieza —dijo Valente con una sonrisa maliciosa—. Desacredítela. Humíllelo. Haga que quiera echarla de la fiesta a patadas. Destruya su ego delante de sus clientes.

Evelyn tragó saliva. Miró la piedra. Su mente de historiadora, su refugio seguro entre datos y fechas, hizo *clic*. De repente, ya no estaba en una fiesta peligrosa; estaba en su elemento. Se soltó del brazo de Valente, irguió la espalda transformándose en la Baronesa y avanzó hacia el grupo con paso firme.

— Es falsa —dijo Evelyn con voz alta, clara y cortante, interrumpiendo al griego a mitad de una frase.

El silencio se hizo en el círculo cercano como si alguien hubiera apagado la música. El anfitrión griego se giró, rojo de ira, con una copa en la mano a medio camino de su boca.

— ¿Perdón? ¿Quién es usted?

— Soy alguien que sabe leer, a diferencia de su

proveedor —dijo Evelyn, señalando la inscripción con un dedo acusador—. Dice que es del siglo VIII a.C., del periodo de la colonización temprana, pero la sintaxis de la tercera línea usa una declinación gramatical que no se introdujo en el alfabeto fenicio hasta la época helenística, trescientos años después. Es un anacronismo lingüístico de primer curso.

Los rusos dejaron de beber y miraron la piedra con sospecha, murmurando entre ellos.

— Además —continuó Evelyn, acercándose a la vitrina y olfateando el aire con desdén supremo—, la pátina es química. Huele a ácido clorhídrico y betún de Judea, no a mar y tiempo. Intentar vender esto por cinco millones de euros es un insulto a la inteligencia de estos caballeros y una estafa de aficionado. Es basura para turistas.

El caos estalló. Los inversores rusos empezaron a gritar al anfitrión en su idioma, exigiendo explicaciones y amenazando con romperle las piernas. Vlachos, acorralado y sudando a mares, llamaba a gritos a seguridad para echar a la loca.

En medio de la confusión, Valente desapareció.

Subió la escalera de servicio como una sombra, aprovechando que los guardias corrían hacia el salón principal para contener la pelea. En el pasillo de la

planta alta, alfombrado y silencioso, se encontró con un mercenario que custodiaba la puerta de roble. Antes de que el hombre pudiera llevarse la mano a la radio, Valente le aplicó un golpe seco en la carótida. El hombre se desplomó en silencio, como un saco de arena.

Valente entró en el despacho. Era una sala oscura, llena de humo de puros y olor a cuero. Conectó el dispositivo de clonación que Lucas le había dado al puerto USB del ordenador central.

— *Estoy dentro* —dijo Lucas por el auricular, tecleando a la velocidad de la luz—. *Rompiendo el firewall... ¡Bingo! Tengo los libros de contabilidad de Nexus. Descargando... 20%... 50%...*

La puerta se abrió a sus espaldas con un chirrido suave.

— Buenas noches, Capitán Valente.

Marco se giró lentamente, con la mano cerca de la pistola, maldiciendo por lo bajo.

Sentado en un sillón orejero en la penumbra, acariciando un gato persa blanco (un cliché viviente, pero aterradoramente real), estaba Víctor Barrows. No llevaba parche ni cicatrices visibles, salvo una leve cojera cuando se puso de pie ayudándose de un bastón con empuñadura de plata en forma de calavera. Llevaba un traje de lino blanco impecable, como si fuera el

dueño del mundo y de todo lo que había en él.

— Víctor Barrows —dijo Valente—. El muerto más elegante de Europa.

— Y usted es el policía más molesto de Italia —respondió Víctor con una voz suave, aristocrática, arrastrando las palabras—. Aléjese del ordenador. Y saque la mano de la chaqueta muy despacio. No querrá manchar mi alfombra persa con su sangre plebeya.

Valente levantó las manos, calculando las distancias.

— Su juego ha terminado, Víctor. Mi equipo tiene los datos. Sus cuentas están expuestas.

— ¿Su equipo? —Víctor soltó una carcajada seca, sin humor—. ¿Se refiere a esa pandilla de inadaptados? Mi sobrino, el niño prodigio que juega a ser santo para expiar culpas que no entiende... y la bibliotecaria que está abajo montando un espectáculo digno de Broadway.

Víctor pulsó un botón en un mando a distancia. Una pantalla en la pared mostró la imagen de la fiesta en directo. Dos matones agarraban a Evelyn por los brazos. Ella gritaba, aterrorizada, habiendo perdido toda su compostura de baronesa, volviendo a ser la académica asustada.

Valente sintió un frío en el estómago. Había fallado en su promesa de protegerla.

— Si le toca un pelo...

— No sea dramático, Capitán. Es vulgar. No voy a matarla. Todavía. —Víctor se acercó, cojeando—. Ustedes tienen algo que yo quiero. El mapa exacto de la corriente del naufragio. Sé que lo robaron en Huelva. Mi sobrino piensa que puede ganarme, pero olvida que yo le enseñé a jugar al ajedrez cuando era un niño.

Víctor le apuntó a la cabeza con una pistola con silenciador.

— Vamos a hacer un trato de caballeros. Usted me da las coordenadas exactas para mis drones, y yo no lanzo a la señorita Hansen por el acantilado para ver si sabe volar.

Valente miró la pantalla, donde Evelyn luchaba inútilmente. Luego miró a Víctor, viendo en sus ojos la locura genética de los Barrows, esa creencia absoluta de que están por encima del bien y del mal. No tenía salida.

— Está bien —mintió Valente, apretando la mandíbula—. Pero necesito mi teléfono.

CAPÍTULO 10
LA HIDROVÍA DEL DIABLO

Localización: Río Paraná. Triple Frontera (Paraguay/Brasil).
Hora: 14:00 PM (Hora local).

El calor no era solo temperatura; era un animal físico, pesado y húmedo, que se te pegaba a la piel y te dificultaba respirar. El aire tenía un 98% de humedad y olía a gasoil quemado, río podrido, vegetación en descomposición y tierra roja. Era un infierno verde.

María Souto se secó el sudor de la frente, que le escocía en los ojos. Estaba agazapada entre unos contenedores oxidados en la cubierta de una barcaza de transporte de soja. Los mosquitos zumbaban alrededor de sus orejas como pequeños helicópteros de combate, buscando cualquier centímetro de piel expuesta.

A su lado, Erik Halvarsson comprobaba el cargador de su fusil de asalto HK416, un arma que habían conseguido en el mercado negro de Ciudad del Este esa misma mañana gracias a los fondos ilimitados de la Fundación. El vikingo sudaba a mares, su camisa pegada al cuerpo masivo, pero parecía extrañamente feliz, en paz.

— Esto es vida, María —susurró Erik con una sonrisa—. Nada de despachos, nada de jueces, nada de moqueta. Solo selva, armas y un objetivo claro. Es honesto.

— Te estás asando de calor, Erik. Estás más rojo que un cangrejo —respondió María, revisando su propia pistola Glock y ajustándose el chaleco táctico—. Céntrate.

— Detalles. Lucas tenía razón. —Erik señaló hacia el río con la barbilla—. Mira la línea de flotación del carguero.

Delante de ellos, navegando lentamente por el canal principal del río Paraná, sorteando bancos de arena, estaba el *Scylla*. Un carguero fluvial de bandera panameña, viejo, oxidado y con pintura descascarillada. Supuestamente transportaba tractores John Deere usados hacia el interior del continente.

— La línea de flotación está muy baja —confirmó María, observando cómo el agua lamía la cubierta—. Esos tractores pesan demasiado.

— Llevan plomo dentro —dijo Erik—. O uranio. O misiles.

— ¿Cómo lo hacemos? —preguntó María—. No tenemos apoyo aéreo. Estamos solos en medio de la nada.

— Abordaje silencioso por popa. —Erik señaló la estela espumosa del barco—. Aprovechamos el punto ciego del radar y el ruido del motor. Aseguramos el puente, neutralizamos a la tripulación y abrimos uno de los contenedores para fotografiar la carga. Luego volamos el timón con C4 y dejamos que la corriente los estampe contra la orilla brasileña, donde la Policía Federal se encargará del resto.

María asintió.

— Sutil como un martillo. Vamos.

Se deslizaron al agua marrón y turbia del Paraná. El agua sabía a barro y a muerte. Nadaron con brazadas potentes hasta la cadena del ancla de popa del *Scylla* y treparon como lagartos, chorreando agua sucia.

La cubierta estaba desierta. El calor aplastante del mediodía había empujado a la tripulación al comedor con aire acondicionado. Se movieron entre la carga como sombras letales. Erik sacó una cizalla hidráulica portátil de su mochila y cortó el precinto del primer contenedor, camuflado hábilmente como una caja de repuestos agrícolas.

Abrieron las puertas con un chirrido leve de metal contra metal.

No había repuestos. Había cajas largas de madera verde oliva con inscripciones en alfabeto cirílico y símbolos de peligro explosivo. Erik abrió una con su cuchillo de combate, haciendo palanca.

Dentro, brillando con aceite protector y paja, había tubos de lanzamiento.

— Joder —susurró Erik—. *Manpads*. Lanzamisiles tierra-aire Igla-S de fabricación rusa. Con esto pueden derribar aviones comerciales o helicópteros de la policía desde el hombro. Es una pesadilla de seguridad.

— Saca las fotos —ordenó María, sintiendo la gravedad del hallazgo. Esto no era contrabando; era guerra—. Tenemos que enviárselas a Elena ya. Esto prueba la conexión terrorista.

Erik sacó su teléfono satelital robusto. *Clic*. *Clic*.

En ese momento, una sombra cayó sobre ellos. Un tripulante, con la camisa abierta, sudoroso y un cigarrillo en la boca, había salido a fumar. Se quedaron paralizados, mirándose.

— *¡Hey! ¿Qué carajo...?* —gritó el hombre en portugués,

escupiendo el cigarro y llevándose la mano a la pistola que llevaba al cinto.

Erik no le dio tiempo a desenfundar. Lanzó el cuchillo con un movimiento fluido de muñeca. La hoja se clavó en el hombro del hombre, haciéndole soltar el arma con un alarido de dolor que resonó en todo el barco y asustó a los pájaros de la orilla.

Pero el grito alertó a los demás. Una sirena empezó a aullar.

— ¡Contacto! —gritó María—. ¡Nos han descubierto!

La cubierta se convirtió en un infierno en segundos. Hombres armados con fusiles AK-47 salieron de las escotillas disparando sin apuntar. Las balas repicaban contra el metal de los contenedores, sacando chispas y zumbando en el aire caliente. *Ping-ping-ping*.

María y Erik se parapetaron tras las cajas de misiles.

— ¡Son demasiados! —gritó Erik, devolviendo el fuego con ráfagas cortas y precisas—. ¡Tengo que armar las cargas en el timón para pararlos!

— ¡Ve! ¡Yo te cubro! —María se levantó y disparó, abatiendo a dos atacantes que intentaban flanquearlos por la pasarela superior.

Erik corrió hacia la popa bajo una lluvia de plomo,

colocando los explosivos plásticos en el eje del timón con manos firmes.

De repente, el teléfono de María vibró en su chaleco táctico con una insistencia frenética. Era una alerta prioritaria de Lucas. "CÓDIGO NEGRO".

María se puso el auricular, disparando a ciegas por encima de la cabeza para mantener a los mercenarios agachados.

— ¡Lucas, no es buen momento! ¡Estamos bajo fuego intenso!

— *¡María! ¡Escúchame!* —La voz de Lucas sonaba desesperada, al borde del colapso nervioso—. *¡Valente y Evelyn han caído! ¡Víctor los tiene! ¡Los ha subido al Argo!*

María se quedó helada un segundo, y una bala le rozó el brazo, quemándole la piel como una avispa de fuego.

— *¡Víctor ha hackeado mi frecuencia! Dice que sabe que tenéis el mapa. Si no entregamos las coordenadas en una hora, ejecutará a Evelyn y a Valente en directo por streaming. ¡Va en serio, María!*

Erik volvió corriendo, deslizándose por la cubierta llena de casquillos.

— ¡Cargas listas! ¡Temporizador a 30 segundos!

¡Tenemos que saltar!

— ¡Erik! —gritó María, agarrándolo del chaleco—. ¡Tienen a Evelyn! ¡Tenemos que abortar la destrucción! ¡Necesitamos este barco y su carga como moneda de cambio! ¡Si hundimos las armas, perdemos nuestra única palanca de negociación!

Erik miró el detonador parpadeando en rojo. Miró a los mercenarios avanzando.

— ¡Es tarde, María! —gritó el vikingo, tirando de ella hacia la borda—. ¡La mecha química está encendida y no se puede apagar! ¡Si nos quedamos, volamos con ellos!

Saltaron al agua marrón justo cuando una explosión sorda sacudió la popa del *Scylla*. El eje de la hélice se partió con un crujido metálico terrible. El barco, sin gobierno, empezó a girar locamente, arrastrado por la corriente hacia un banco de arena, mientras el humo negro salía de la sala de máquinas.

Mientras flotaban en el río, tosiendo agua sucia y viendo el caos en el barco enemigo, María miró a Erik, con el corazón latiéndole en la garganta.

— Tenemos las fotos. Tenemos las pruebas. Pero hemos perdido el barco... y Víctor tiene a nuestra familia.

— Entonces la guerra ha cambiado —dijo Erik,

escupiendo agua de río y limpiándose el barro de la cara—. Ya no vamos a por el tesoro, María. Ya no vamos a detener un crimen. Vamos a por sangre. Vamos a matar al Rey.

'SCYLLA'

CAPÍTULO 11
LA DAMA DE ESTRASBURGO

Localización: Tribunal Europeo de Derechos Humanos / Sede de Europol. Estrasburgo (Francia).
Hora: 16:00 PM.

Estrasburgo era el polo opuesto de la selva. Era gris, ordenada, fría y burocrática. Los edificios de cristal y acero se alzaban como monumentos a la razón y a la ley, bajo un cielo encapotado que amenazaba lluvia.

Elena Vander caminaba por los pasillos asépticos del Tribunal Europeo como si fuera la dueña del edificio, y posiblemente del continente. Llevaba un traje de chaqueta gris perla de Armani, unos tacones que resonaban con autoridad militar en el mármol y un maletín de piel que contenía la destrucción de un imperio financiero.

No tenía cita. No tenía invitación. Pero tenía algo mucho más efectivo: el miedo y la verdad documentada.

Entró en la sala de audiencias preliminares, empujando las puertas dobles con ambas manos, interrumpiendo una sesión aburrida sobre cuotas pesqueras en el Mar del Norte. Los jueces, con sus togas negras y cuellos blancos, la miraron atónitos por encima de sus gafas de lectura.

— Señora, no puede entrar aquí —dijo el ujier, corriendo hacia ella escandalizado—. ¡Es una sesión cerrada!

Elena lo ignoró con una mirada que podría haber congelado el infierno. Caminó hasta el estrado y conectó su tablet al sistema de proyección principal sin pedir permiso.

— *Excusez-moi* —dijo el juez presidente en francés, ajustándose las gafas—. ¿Quién se cree que es?

— Señorías —dijo Elena con voz firme, proyectando su voz sin micrófono, usando su mejor tono de sala—. Mi nombre es Elena Vander, abogada principal de la Fundación Barrows. Vengo a solicitar una Orden de Congelación de Activos Inmediata bajo el Artículo 5 de la Ley Antiterrorista Europea. Nivel de amenaza: Inminente.

— Esto es inaudito —protestó el juez, golpeando el

mazo—. ¡Seguridad!

— Antes de que me echen —dijo Elena, pulsando una tecla con teatralidad—, miren esto. Y si después de verlo me quieren echar, me iré y venderé la historia a la CNN.

En la pantalla gigante, detrás de los jueces, aparecieron las fotos de alta resolución que Erik acababa de enviar desde el infierno verde de Paraguay. Los misiles tierra-aire brillando en sus cajas. Las inscripciones rusas. Y, junto a ellas, los extractos bancarios hackeados por Valente en Grecia antes de ser capturado, que vinculaban esas armas directamente con las cuentas pantalla de Nexus Maritime en Chipre.

— Hace cuarenta y ocho horas, un edificio emblemático explotó en el centro de Madrid. Las noticias dijeron que fue un accidente de gas o un fraude del dueño. —Elena pasó la diapositiva—. Aquí tienen la transferencia de pago al equipo de demolición "limpia", firmada digitalmente hace una semana por Víctor Barrows.

El silencio en la sala era absoluto. Incluso el ujier se detuvo a medio camino.

— Este hombre —Elena señaló la foto de Víctor, sonriendo en una gala benéfica con una copa de champán— es un aristócrata caído que cree que Europa es su tablero de juego. Ahora mismo está en aguas internacionales, a bordo del buque nuclear *Argo*,

reteniendo a tres ciudadanos europeos (un capitán de Carabinieri, una historiadora y un empresario) como rehenes. Se está preparando para vender armas capaces de derribar aviones civiles a insurgentes en África.

Elena se apoyó en el estrado, mirando a los jueces a los ojos, uno por uno, desafiándolos.

— El dinero que va a usar para pagar el combustible de su barco y a sus mercenarios está en bancos europeos bajo su jurisdicción. Si este Tribunal no bloquea sus cuentas y emite una "Notificación Roja" en los próximos diez minutos, esos misiles desaparecerán en la selva y miles de inocentes morirán. Y la sangre estará en sus togas, no en la mía.

El juez presidente miró las pruebas. Miró las caras de sus colegas, que asentían con gravedad. Lucas, desde el búnker, había hecho su magia: los documentos parecían irrefutables, verificados y sellados digitalmente.

El juez suspiró y miró a Elena con un nuevo respeto.

— Secretaria... tráigame el sello de urgencia. Y llame al enlace de la Europol. Vamos a congelar hasta el dinero del almuerzo de ese hombre.

Veinte minutos después, a mil kilómetros de distancia,

en el puente de mando del *Argo*, una alarma financiera empezó a sonar en la consola del contable. Un sonido agudo, persistente, como el monitor de un paciente que entra en parada cardíaca.

— Señor Barrows —dijo el contable del barco, un hombrecillo gris, con voz temblorosa—. Tenemos un problema.

Víctor Barrows, que estaba disfrutando de un brandy añejo mientras apuntaba a la cabeza de Valente, se detuvo.

— ¿Qué problema?

— Las cuentas... todas las cuentas. Suiza, Caimán, Luxemburgo... están en rojo.

— ¿Qué significa "en rojo"? —preguntó Víctor con peligrosidad suave.

— Significa bloqueadas, señor. Congeladas por orden directa del Tribunal Europeo y la Europol. No tenemos acceso a ni un solo euro. Las tarjetas de crédito de combustible han sido rechazadas. No podemos pagar a la tripulación. Estamos... estamos en bancarrota técnica.

Víctor soltó un grito de pura rabia animal, inarticulado, y lanzó la copa de cristal contra la pared, donde estalló en mil pedazos, manchando el panel de control.

Elena Vander, desde un pasillo frío en Estrasburgo, acababa de cortarle la garganta al dragón sin disparar una sola bala.

CAPÍTULO 12
LA FRONTERA AZUL

Localización: Buque Argo. Aguas Internacionales (Mar Tirreno).
Hora: 23:00 PM.

El *Argo* estaba a la deriva, meciéndose pesadamente en el oleaje nocturno. Sin dinero para autorizar la recarga de los sistemas auxiliares del reactor, el capitán —un mercenario pragmático— había puesto el barco en "modo de ahorro", dejando el inmenso buque en penumbra, iluminado solo por las luces de emergencia rojas. Parecía un barco fantasma flotando sobre el abismo.

En la cubierta de popa, bajo una lluvia fina y fría que empezaba a caer, Víctor Barrows caminaba de un lado a

otro como un león enjaulado. Su traje blanco estaba manchado de vino. Tenía a Hugo, Evelyn y Valente atados con bridas a las barandillas. Estaban golpeados, mojados y exhaustos.

— ¡Me lo han quitado todo! —gritaba Víctor al viento y al mar, su voz rompiéndose—. ¡Años de planificación! ¡Mi imperio! ¡Mi apellido! ¡Esa abogada de pacotilla! ¡Esa sucia funcionaria!

Valente, con el labio partido y un ojo hinchado, le escupió sangre a los zapatos italianos de Víctor.

— Se acabó, Víctor. Ríndete. Tus mercenarios no van a luchar gratis. Oigo cómo preparan los botes salvavidas. Estás solo.

— ¡Nunca! —Víctor sacó un detonador remoto del bolsillo. Sus ojos brillaban con la locura de los Barrows, esa veta de inestabilidad que había destruido a su familia durante generaciones—. Todavía tengo una carta. La carta final. El tesoro. Si yo no puedo tenerlo, nadie lo tendrá. He minado el lecho marino con cargas de profundidad alrededor del pecio.

De repente, un foco potente, cegador, iluminó el mar desde la oscuridad, cortando la noche como un cuchillo.

El rugido de un motor V8 marino rompió el sonido de la lluvia. Una lancha rápida se acercaba a toda velocidad, saltando sobre las olas, directa hacia ellos como un misil.

— ¡Es ella! —gritó Víctor, reconociendo la figura en la proa—. ¡Souto! ¡Esa maldita mujer es incombustible!

María Souto, de pie en la proa de la lancha, empapada, con un megáfono en la mano, gritó con una voz que se impuso al mar:

— ¡Víctor! ¡Tengo lo que quieres!

Erik pilotaba la lancha con maestría, esquivando las olas. Se detuvieron a cincuenta metros del *Argo*, manteniendo los motores al ralentí, listos para saltar.

— ¡El mapa! —gritó Víctor, asomándose a la borda, desesperado—. ¡Dame la ubicación exacta de la entrada al pecio o vuelo a tus amigos en pedazos!

María levantó la carpeta azul robada en Huelva.

— ¡Aquí está! —gritó María—. ¡Las corrientes, la entrada, todo! ¡Déjalos ir y es tuya! ¡Toma el oro y vete! ¡Desaparece!

Víctor dudó. Miró el detonador en su mano derecha.

Miró el mapa en la mano de María. La codicia luchaba contra la venganza en su cerebro roto. Podía huir con el oro... si conseguía sacarlo. Podía reconstruir su imperio.

— ¡Acércala! —ordenó a sus hombres, o a los pocos que quedaban—. ¡Que suba sola! ¡Quiero verle la cara cuando pierda!

María miró a Erik. Hubo un momento de silencio entre ellos, una conversación sin palabras forjada en años de compañerismo, café malo y peligro.

— Prepárate, vikingo —susurró—. Cuando suba, va a ser un caos. Cuento contigo.

— Confío en ti —dijo Erik, revisando su hacha—. Y confío en la caballería.

— ¿Qué caballería? —preguntó María—. Estamos solos.

Erik señaló el horizonte con la cabeza.

— Lucas no solo llamó a Elena. También llamó a los amigos de Valente. Mira.

Lejos, muy lejos en el horizonte oscuro, pero acercándose rápido, se veían las luces rojas y azules giratorias de una flota. Y el sonido rítmico, *wop-wop-wop*, de helicópteros de combate.

La Marina Italiana llegaba con destructores.

Víctor vio las luces en el radar de su reloj. Comprendió que no tenía salida. No había escape. Sus ojos se inyectaron en sangre. La máscara de aristócrata cayó, dejando ver al monstruo asustado que había debajo.

— ¡Si vienen, nos hundimos todos! —aulló—. ¡Si no es mío, será del mar!

Víctor se dio la vuelta y corrió hacia el interior del barco, hacia la sala de control de torpedos y cargas. Iba a volar el yacimiento arqueológico y, de paso, provocar una erupción volcánica submarina que se tragaría al *Argo* y a todos los que estaban en él.

— ¡Erik! —gritó María, sintiendo el pánico—. ¡Sube! ¡Hay que pararlo!

Erik aceleró la lancha y la estrelló intencionadamente contra el costado del *Argo*. El impacto los lanzó hacia adelante. Saltaron a la red de abordaje justo cuando las balas empezaban a silbar a su alrededor.

La batalla final había empezado. Y esta vez, no había lugar a donde huir. Solo quedaba el abismo bajo sus pies.

CAPÍTULO 13
CÓDIGO ROJO

Localización: Sala de Servidores / Puente de Mando. Buque Argo.
Hora: 23:15 PM.

El interior del *Argo* era un laberinto de pasillos estrechos iluminados por luces estroboscópicas rojas que giraban en silencio, creando una atmósfera de pesadilla, como el interior de un submarino a punto de implosionar. La alarma de colisión aullaba sin descanso, un latido mecánico y estridente que aumentaba la ansiedad y dificultaba pensar con claridad.

María y Erik avanzaban tácticamente, cubriendo cada esquina, cada sombra, con la precisión de quienes han hecho esto mil veces. Erik iba en cabeza, una mole imparable. Su hacha táctica ya no estaba inmaculada; goteaba aceite hidráulico de haber destrozado un panel

de control para abrirse paso.

— ¡A la cubierta de popa! —ordenó María, su voz firme a pesar del cansancio que le quemaba los músculos—. ¡Tenemos que liberar a los rehenes antes de ir a por Víctor! Si activa el protocolo de hundimiento, se ahogarán atados como animales.

Llegaron a la cubierta exterior, azotada por la lluvia y el viento frío. Los hombres de Víctor, mercenarios que sabían leer la situación financiera mejor que nadie, habían abandonado sus puestos. Al saber que sus cuentas estaban congeladas, la lealtad comprada se había evaporado. Los botes salvavidas caían al agua vacíos o con hombres huyendo en la oscuridad.

Solo quedaba un guardia fiel, o quizás demasiado estúpido para huir, apuntando con un fusil tembloroso a Hugo, Evelyn y Valente.

Erik no se detuvo ni un segundo. Lanzó una granada de humo a sus pies. La nube gris y densa envolvió la escena. Se escuchó un golpe seco, el sonido desagradable de un hueso crujiendo y el ruido metálico de un arma cayendo a la cubierta.

Cuando el humo se disipó con el viento, el guardia estaba inconsciente en el suelo y Erik estaba cortando las bridas de Hugo con su cuchillo de combate.

— ¡Estáis vivos! —exclamó María, abrazando a Evelyn, que lloraba en silencio, y ayudando a Valente a levantarse. El italiano tenía mal aspecto, con sangre en la camisa, pero su dignidad estaba intacta.

— Víctor se ha ido abajo —dijo Hugo, frotándose las muñecas amoratadas, con una mirada que María nunca le había visto: odio puro, frío y aristocrático—. Al centro de control de fuego, en el nivel 4. Quiere lanzar las cargas de profundidad. Dice que si él no se queda con el oricalco, nadie lo hará. Es su política de tierra quemada.

— Si detona esas cargas sobre la caldera volcánica... —Valente se puso pálido, entendiendo la geología del lugar—... provocará una erupción submarina masiva. El gas metano subirá, el agua perderá densidad por las burbujas y este barco dejará de flotar. Se hundirá como una piedra en un pozo de aire.

— Tenemos que detenerlo —dijo María, recargando su arma con un clic seco—. Hugo, tú conoces los sistemas de este barco. Es tecnología de Global-Com robada y modificada, ¿verdad? Ven conmigo. Erik, Valente... asegurad la salida. Si fallamos, sacad a Evelyn de aquí.

— Ten cuidado, María —dijo Erik, poniéndole una mano en el hombro. Un gesto breve, pero cargado de años de confianza—. No hagas estupideces de héroe.

María y Hugo corrieron hacia las escaleras de descenso, ignorando los ascensores bloqueados. Bajaron tres niveles a la carrera, saltando escalones, hasta llegar a la sala de servidores y control de armas, el corazón negro del *Argo*.

La puerta estaba sellada. Una plancha de metal gris sin manija.

— Es una aleación de titanio y carbono —dijo Hugo, tecleando frenéticamente en el panel lateral—. Ha cambiado los códigos de acceso. Necesito un *bypass* físico.

— Apártate —dijo María.

Disparó dos veces a las bisagras. *Bang*. *Bang*. Las balas rebotaron con un chirrido agudo y chispas naranjas, dejando apenas rasguños en el metal.

— Te lo dije. Es grado militar —dijo Hugo, sudando—. *¡Tres minutos para el lanzamiento!* —anunció la voz sintética y calmada del ordenador del barco, ajena al pánico humano.

— ¡Hugo, piensa! —le instó María, golpeando la puerta con el puño—. ¡Es tu tecnología! ¡Eres un Barrows!

Hugo miró el panel. Sus ojos se movían rápido, calculando posibilidades. Sacó un cable de fibra óptica de su bolsillo (siempre llevaba uno, como un amuleto) y

rompió la carcasa del lector de huellas con la culata de la pistola de María.

— Víctor no cambió el hardware, solo el software. El núcleo sigue reconociendo la biometría familiar. Si puenteo el sensor con mi propia señal... somos parientes, compartimos ADN mitocondrial... el sistema podría confundirnos. Es un *glitch* de herencia. Un fallo en la sangre.

Hugo conectó el cable a su propio reloj inteligente y luego al panel destrozado. Empezó a inyectar código a una velocidad vertiginosa.

— Acceso denegado.
— Acceso denegado.
— ¡Vamos, maldita sea! —gritó Hugo, golpeando la pantalla—. ¡Reconóceme! ¡Soy yo!

— *Acceso autorizado. Bienvenido, Usuario Admin.*

La puerta se deslizó con un suspiro neumático.

María entró apuntando, barriendo la sala con el cañón. Víctor estaba frente a la consola de lanzamiento, una isla de luces en la oscuridad, con la mano sobre la palanca de confirmación mecánica. Al verlos entrar, sonrió con una tristeza infinita.

— Hola, sobrino. Llegas justo a tiempo para los fuegos artificiales. Siempre te gustaron las luces, ¿recuerdas en Navidad?

— ¡Aléjate de la consola, Víctor! —gritó María—. ¡Se acabó! ¡La Marina está aquí!

— Nunca se acaba, inspectora. Solo cambia de manos. Los imperios caen, pero las ruinas quedan.

Víctor empujó la palanca hacia adelante.

— ¡NO! —gritó Hugo, lanzándose hacia él.

María disparó. Apuntó al hombro, no a matar. La bala impactó en Víctor, haciéndole girar sobre sí mismo y caer al suelo. Pero la secuencia mecánica ya estaba iniciada. Las luces rojas pasaron a parpadear en ámbar.

— *Lanzamiento en 10... 9...*

Hugo corrió hacia la consola, saltando sobre el cuerpo de su tío herido. Sus dedos volaron sobre el teclado táctil, tratando de cancelar la orden.

— ¡Es un bloqueo mecánico de seguridad! —gritó Hugo, con pánico en la voz—. ¡Ha activado el "Protocolo Sansón"! ¡Necesito una autorización de retina del iniciador para abortar! ¡Necesito su ojo!

Víctor, sangrando en el suelo, se rio. Una risa gorgoteante y oscura.

— Y yo no te la voy a dar. Mira cómo arde el mar, Hugo. Mira cómo perdemos todo.

María miró a Hugo. Miró a Víctor. Miró el contador.

— *5... 4...*

No lo pensó. María agarró a Víctor por las solapas de su chaqueta blanca, ahora roja, lo levantó del suelo con una fuerza que no sabía que tenía y estampó su cara contra el escáner de retina de la consola.

— ¡Abre los ojos! —le gritó María, forzándole los párpados con los dedos—. ¡Míralo! ¡Mira lo que has hecho!

El láser rojo escaneó el ojo de Víctor, dilatado por el dolor y la locura.

— *3... 2...*

Bip-Bip.

— Identidad confirmada. Secuencia abortada. Silos de torpedos cerrados. Tengan un buen día.

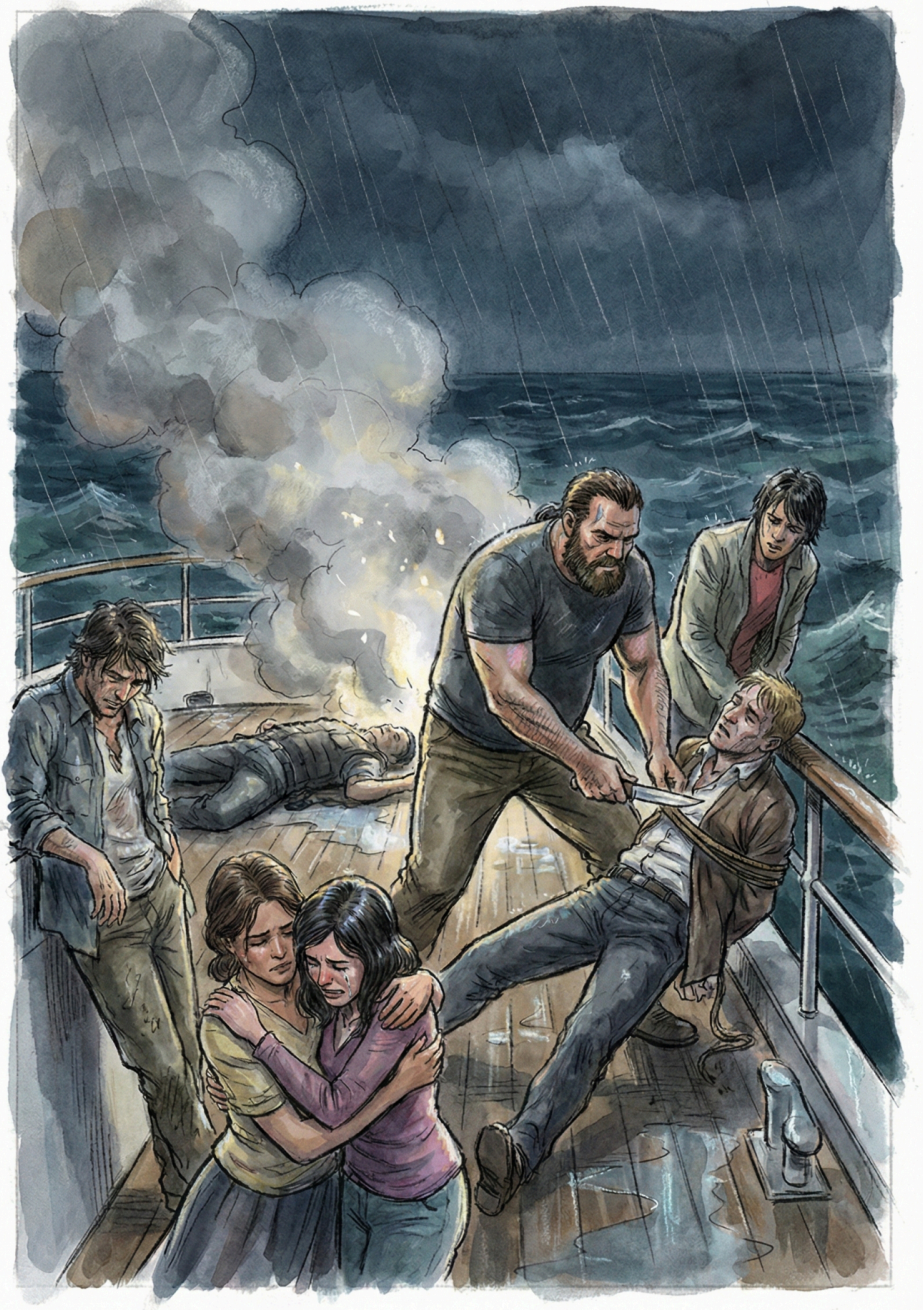
El silencio volvió a la sala, denso y pesado. Solo se escuchaba la respiración agitada de Hugo y el goteo rítmico de la sangre de Víctor sobre el suelo metálico.

Víctor se dejó caer, derrotado, vacío. Miró a María con odio puro, pero también con una extraña admiración retorcida.

— Debería haberte matado en Hendaya —susurró—. Debería haberte tirado por el acantilado esa noche.

María sacó las esposas y se las colocó, asegurándolo a una tubería de refrigeración.

— Deberías haberte quedado muerto, Víctor. Los fantasmas no sangran. Y tú estás manchando el suelo.



CAPÍTULO 14
RESPIRAR AGUA

Localización: Zona del Pecio Fenicio (-600 metros de profundidad).
Hora: 08:00 AM. Día siguiente.

El *Argo* estaba ahora bajo control de la Marina Italiana. Víctor Barrows había sido evacuado en helicóptero médico, custodiado por fuerzas especiales, hacia una prisión de máxima seguridad en Roma. Pero la misión no había terminado. El mapa seguía ahí. Y el tesoro seguía abajo, llamándolos con un canto de sirena.

En la cubierta del barco, el Capitán Valente y María Souto se preparaban. No llevaban trajes de neopreno normales. Parecían astronautas. Llevaban trajes de inmersión profunda, rígidos, exomusculares, diseñados para resistir la presión de las profundidades abisales.

— ¿Estás segura de esto? —preguntó Erik, ayudando a María a ajustar los sellos del casco. Se le veía genuinamente preocupado, sus manos grandes temblaban ligeramente al cerrar las válvulas—. Esto no es buceo, María. Esto es ciencia ficción experimental. Es lo que salía en *The Abyss*, y casi nadie salía vivo de ahí.

— Es la única manera, Erik —respondió María, cuya voz sonaba metálica a través del intercomunicador—. Si bajamos con aire comprimido a 600 metros, tardaríamos semanas en descomprimir. Nuestros huesos se harían polvo. Con esto... es directo.

Hugo se acercó con un técnico médico.

— El sistema de ventilación líquida está listo. Vuestros pulmones se llenarán de perfluorocarbono oxigenado. No podréis hablar, solo escuchar. Es... una sensación horrible. Vuestro cuerpo creerá que se está ahogando. Tenéis que luchar contra el instinto de toser. Tenéis que dejar que el líquido entre. Tenéis que confiar.

María miró a Valente. El italiano estaba pálido, rezando en voz baja, pero asintió con determinación.

— Vamos a por la historia, Souto. O a por una muerte muy interesante.

Entraron en la cámara hiperbárica. Se sentaron. El líquido, transparente y viscoso, comenzó a subir por sus

piernas, su pecho... María sintió el pánico instintivo, primitivo, cuando el fluido le cubrió la nariz.

Respira, se dijo. *Confía en la ciencia. Confía en Hugo.*

Inhaló.

Fue como tragar hielo y fuego a la vez. El líquido entró en su tráquea, pesado, antinatural. Su diafragma convulsionó. Tosió violentamente dentro del líquido, sus ojos llenándose de lágrimas, su mente gritando *¡MUERTE!*, hasta que, de repente... la oscuridad se fue. El oxígeno llegó a su sangre. Una calma fría, química, la invadió. Estaba respirando agua.

La grúa del barco los bajó al mar negro dentro de una jaula abierta.

El descenso fue un viaje a otro planeta. La luz del sol, azul y vibrante, desapareció a los doscientos metros. A los cuatrocientos, solo existía la oscuridad absoluta y el haz de luz de sus cascos. A los seiscientos, tocaron fondo.

Ahí estaba.

Iluminada por los focos espectrales de la jaula, la Nave de Tarsis yacía en el borde de una fumarola volcánica.

La madera de cedro se había conservado milagrosamente gracias a la falta de oxígeno en el lodo y a la química del azufre. Parecía que había naufragado ayer.

Y en el centro de la bodega abierta, brillando con una luz rojiza bajo los focos, estaba el cargamento. Lingotes de oricalco esparcidos como caramelos. Y un sarcófago de piedra negra sellado con plomo.

María y Valente salieron de la jaula, moviéndose lentamente, como en un sueño, bajo la presión aplastante de sesenta atmósferas. Avanzaron hacia el sarcófago flotando sobre el lodo.

De repente, el sonar de sus cascos emitió un chirrido de alerta. *Ping*. *Ping*. *Ping*.

Algo se movía en el lodo. Algo mecánico.

— *¡María!* —la voz de Lucas sonó en su auricular, distorsionada por la profundidad—. *¡Detecto movimiento en el sonar activo! ¡Víctor dejó una sorpresa! ¡Drones guardianes autónomos! ¡Son modelos mineros modificados!*

Del fango surgieron tres formas mecánicas, parecidas a cangrejos gigantes de metal y fibra de carbono. Eran drones de defensa, programados para atacar cualquier cosa que tocara el tesoro. Sus pinzas eran cortadoras

CAPÍTULO 15
BATALLA EN LA OSCURIDAD

Localización: Fondo del mar.

El primer dron se lanzó contra Valente con un zumbido eléctrico. El italiano intentó esquivarlo, pero el traje rígido era lento. Rodó por el fondo marino, levantando una nube de sedimento volcánico. La cortadora láser del dron pasó a centímetros de su visor. Si el cristal se rompía, la presión lo implosionaría instantáneamente.

María reaccionó por instinto. Sacó una bengala de magnesio subacuática de su cinturón y la encendió. La luz, de un blanco cegador, estalló en la oscuridad eterna. Los sensores ópticos del dron, calibrados para la penumbra, se saturaron. La máquina se detuvo,

confundida.

Valente aprovechó la pausa para agarrar una barra de hierro oxidada del pecio y clavarla en las orugas del dron, inmovilizándolo.

Pero quedaban dos. Y avanzaban rápido, aprendiendo.

María miró los lingotes de oricalco esparcidos por el suelo. Recordó lo que dijo Evelyn en el avión. *Resonancia acústica*.

Golpeó su propio tanque de oxígeno con una herramienta metálica con fuerza. *CLANG*.

El sonido viajó por el agua, denso y potente. Los lingotes de oricalco cercanos vibraron por simpatía, amplificando la frecuencia. Se creó un bucle de retroalimentación sónica, un zumbido agudo y penetrante que hizo vibrar los dientes de María incluso a través del líquido.

El sonido saturó los hidrófonos de navegación de los drones. Las máquinas empezaron a girar sobre sí mismas, ciegas y sordas, chocando entre ellas, incapaces de procesar el ruido del metal sagrado.

Valente entendió la jugada. Levantó el pulgar. Juntos, ayudaron a colocar las eslingas de elevación de la jaula alrededor del sarcófago de piedra.

Hugo, monitorizando desde la superficie, vio la señal en la telemetría.

— *¡Izando! ¡Sujetaos fuerte!*

El cable de acero se tensó. El sarcófago se elevó del fondo, llevándose consigo el secreto de Tarsis después de 2.500 años. María y Valente se agarraron a la jaula de ascenso justo cuando los drones recuperaban el control y lanzaban sus láseres hacia arriba, cortando el agua negra donde ellos habían estado segundos antes.

El ascenso fue rápido. Demasiado rápido para buzos normales, pero ellos, llenos de líquido incompresible, eran inmunes a la enfermedad descompresiva. Solo quedaba la parte más difícil: volver a ser criaturas de aire.

En la enfermería del *Argo*, el equipo médico los colocó en camillas basculantes. Los inclinaron boca abajo.

— ¡Tos! —ordenó el médico—. ¡Expúlselo!

Fue una agonía. María tosió y vomitó el fluido químico, sintiendo que le arrancaban el pecho, que se moría. Sus pulmones ardían. Pero entonces, hubo un jadeo. Un

sonido ronco y maravilloso.

Aire.

La primera bocanada de aire real entró en sus pulmones, dulce y dolorosa. María miró a Valente, que estaba en la camilla de al lado, pálido y temblando, pero vivo.

Habían bajado al infierno y habían vuelto.

CAPÍTULO 16
JAQUE MATE

Localización: Puerto de Nápoles.
Hora: 18:00 PM. Dos días después.

El muelle estaba acordonado por la policía militar. No había prensa, Hugo se había encargado de eso con un par de llamadas. Solo funcionarios de alto nivel de los gobiernos de España e Italia, y el equipo de la Fundación.

El sarcófago fenicio, limpio de algas y lodo, descansaba sobre un soporte acolchado bajo una carpa blanca.

— Se supone que está lleno de oro —susurró el Ministro de Cultura italiano, frotándose las manos con

impaciencia.

Evelyn, con guantes blancos de conservación y temblando de emoción pura, procedió a romper el sello de plomo con un cincel.

— El oro es irrelevante, Ministro —dijo ella, con una autoridad nueva—. Lo que hay aquí vale más.

Evelyn y Erik levantaron la pesada tapa de piedra. Un olor a aire antiguo, encerrado durante milenios, escapó del interior.

Todos se asomaron.

No había monedas. No había joyas.

El sarcófago estaba lleno de cilindros de plomo y cápsulas de cerámica, perfectamente ordenados en filas. Cientos de ellos.

— No es un tesoro monetario —dijo Evelyn, tomando uno de los cilindros con reverencia infinita y desenroscándolo. Dentro había láminas de papiro tratadas con aceite y planchas de metal grabadas—. Es una biblioteca.

Evelyn desenrolló una lámina de oro fino grabada. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

— Son los mapas de navegación de los fenicios. —Su

voz se quebró—. Aquí... aquí hay rutas comerciales que cruzan el Atlántico. Rutas a América mil años antes de Colón. Tratados de astronomía babilónica. La fórmula química del oricalco... Es el conocimiento perdido de Occidente. Es la Biblioteca de Alejandría del mar.

Hugo Barrows sonrió, apoyado en su bastón (que usaba por costumbre, no por necesidad).

— Víctor quería dinero para una guerra. Y nosotros hemos encontrado la paz del conocimiento. Qué ironía tan deliciosa.

Valente se acercó a María, que observaba la escena desde un segundo plano, con el brazo en cabestrillo y vestida de civil.

— Buen trabajo, Souto. —Valente le tendió la mano, y esta vez no hubo arrogancia, solo respeto entre iguales—. He hablado con el juez antimafia. Los cargos contra vosotros han sido retirados. Se considera "colaboración esencial en operación antiterrorista de alto nivel". Sois libres. Italia os agradece el servicio.

María estrechó la mano del italiano. Sintió la calidez de su piel.

— Gracias, Marco. Cuida de esos mapas.

— Por cierto —dijo Valente, bajando la voz y dedicándole una sonrisa que desarmaría a cualquiera—.

Me debe una pizza. Y quizás... una visita cuando todo esto se calme. Tengo una casa en Capri que no es tan fea.

María le devolvió la sonrisa, sintiendo un calor que no venía del sol.

— *Malo será*. Quizás acepte esa invitación.

EPÍLOGO
UN NUEVO HORIZONTE

Localización: Torre de Hércules. A Coruña (Galicia).
Tiempo: Tres meses después.

El viento del norte golpeaba el faro romano más antiguo del mundo, despeinando la hierba verde de los acantilados. El Atlántico rugía abajo, espumoso y eterno.

María Souto estaba apoyada en la barandilla, mirando el horizonte infinito. A su lado, Erik comía una empanada de berberechos, mirando el mar con esa paz que solo tienen los guerreros después de la batalla, cuando las armas están limpias y guardadas.

— ¿Has visto las noticias? —preguntó Erik con la boca

llena, sacudiendo las migas de su barba.

— Sí. Elena ha conseguido que disuelvan Nexus Maritime. Han incautado todos sus barcos para pagar las multas. Y el museo de Nápoles tiene colas de seis horas para ver la exposición "La Biblioteca de Tarsis". Evelyn es una estrella del rock de la arqueología, sale en todas las revistas.

Un coche deportivo eléctrico silencioso se detuvo en el aparcamiento. Hugo Barrows y Lucas bajaron. Hugo caminaba erguido, sin rastro de sus heridas pasadas. Lucas llevaba una camiseta que decía: *"I went to Atlantis and all I got was this t-shirt"*.

— Inspectora —saludó Hugo, uniéndose a ellos frente al mar—. O debería decir... ¿Directora?

María sonrió, negando con la cabeza.

— Todavía no me acostumbro al título, Hugo. Suena demasiado serio.

Hugo les entregó unas carpetas negras con un logotipo plateado en relieve.

— La Fundación ha completado la compra del antiguo astillero militar en Vigo. Ya es nuestro. Será vuestra base operativa permanente. Tecnología punta, acceso directo al Atlántico y jurisdicción internacional para operaciones

de patrimonio subacuático.

Lucas saltó de alegría, casi tirando las carpetas.

— ¡Vamos a tener un submarino! ¡Hugo me ha prometido un submarino amarillo! ¡Como los Beatles! ¡Vamos a vivir en un submarino amarillo!

— No será amarillo, Lucas, por el amor de Dios —corrigió Hugo con una sonrisa paciente—. Será negro táctico. Y tendrá una IA mejor que la de *Iron Man*.

María abrió la carpeta. En la primera página, el logotipo de la nueva agencia: **UPS (Unidad de Patrimonio Subacuático)**. Y debajo, su nombre: *María Souto. Directora de Operaciones*.

— Hay mucho trabajo ahí fuera —dijo Hugo, mirando al horizonte donde el cielo se juntaba con el agua—. Barcos de esclavos hundidos que necesitan ser recordados, galeones españoles llenos de historia, ciudades perdidas bajo el hielo... El mar está lleno de secretos, María. Y alguien tiene que protegerlos de los nuevos Víctor Barrows que vendrán.

María cerró la carpeta. Respiró hondo el aire de Galicia, ese aire que olía a sal, a algas, a lluvia y a hogar. Sintió el peso de los años caer de sus hombros.

Miró a Erik, el hermano que eligió. A Lucas, el genio

inocente. A Hugo, el redentor. Su familia.

Miró al mar, ese inmenso monstruo azul que le había quitado tanto —a su padre, a Iñigo— y que ahora, por fin, le devolvía un propósito.

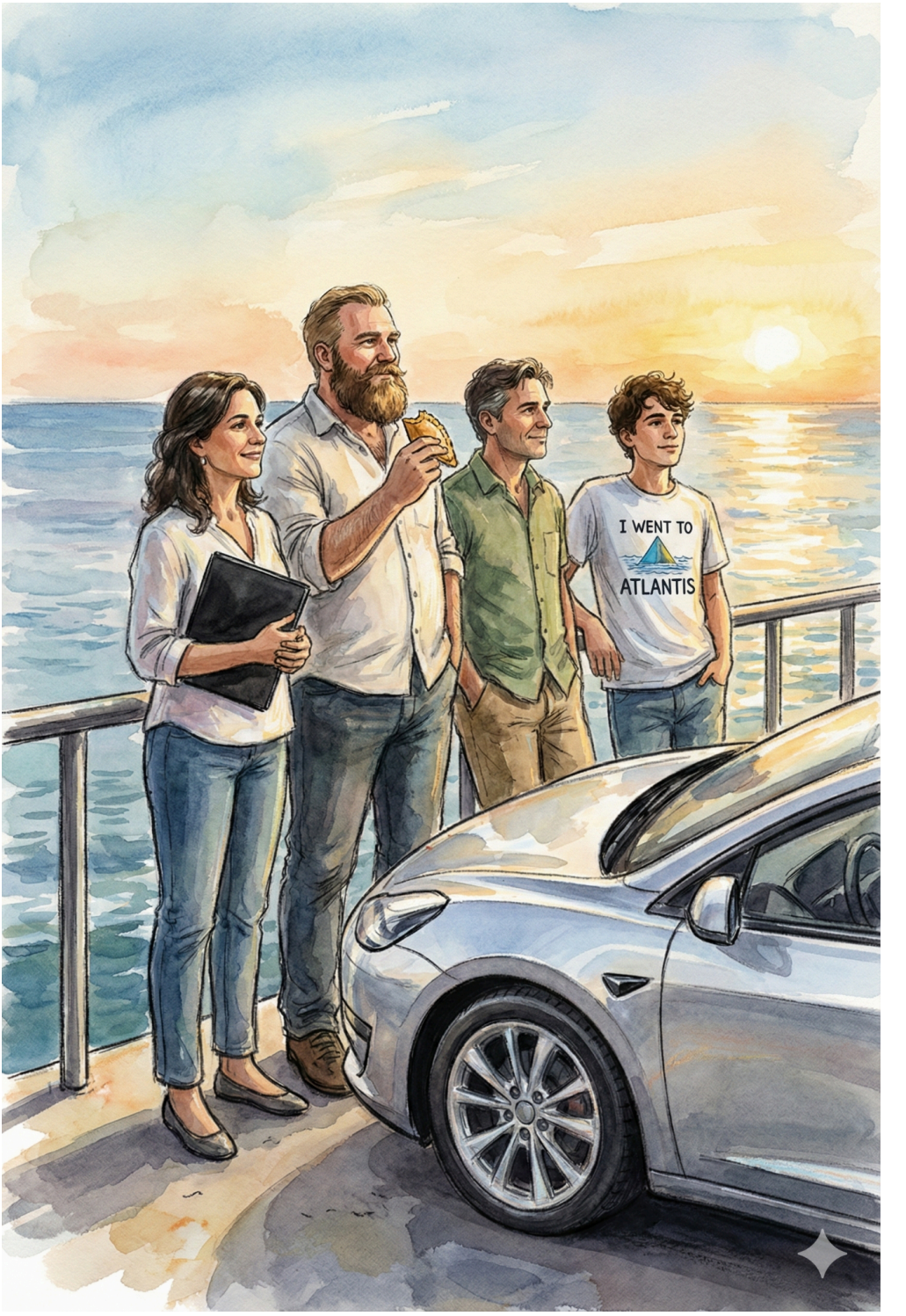
— ¿Estamos listos? —preguntó María.

Erik se limpió las manos en el pantalón y sonrió, con esa lealtad inquebrantable en la mirada.

— Siempre. ¿A dónde vamos?

María se ajustó la chaqueta, sintiéndose completa por primera vez en mucho tiempo. Echó a andar hacia el coche, seguida por su equipo.

— Pues vamos. La marea está subiendo. Y hay un mundo entero esperando ahí abajo.


I WENT TO
ATLANTIS

FIN

ÍNDICE

PRÓLOGO: La Ira de Baal

PRIMERA PARTE: LA BÚSQUEDA

1. El Ojo de Dios

2. Sangre de Cobre

3. El Muelle de las Sombras

4. Vuelo 700

SEGUNDA PARTE: EL EXILIO

5. Nápoles Subterránea

6. La Bahía de los Emperadores

7. Omertà

8. El Consejo de la Cripta

TERCERA PARTE: LA OFENSIVA

9. Vals en Mykonos

10. La Hidrovía del Diablo

11. La Dama de Estrasburgo

12. La Frontera Azul

CUARTA PARTE: EL ABISMO

13. Código Rojo

14. Respirar Agua

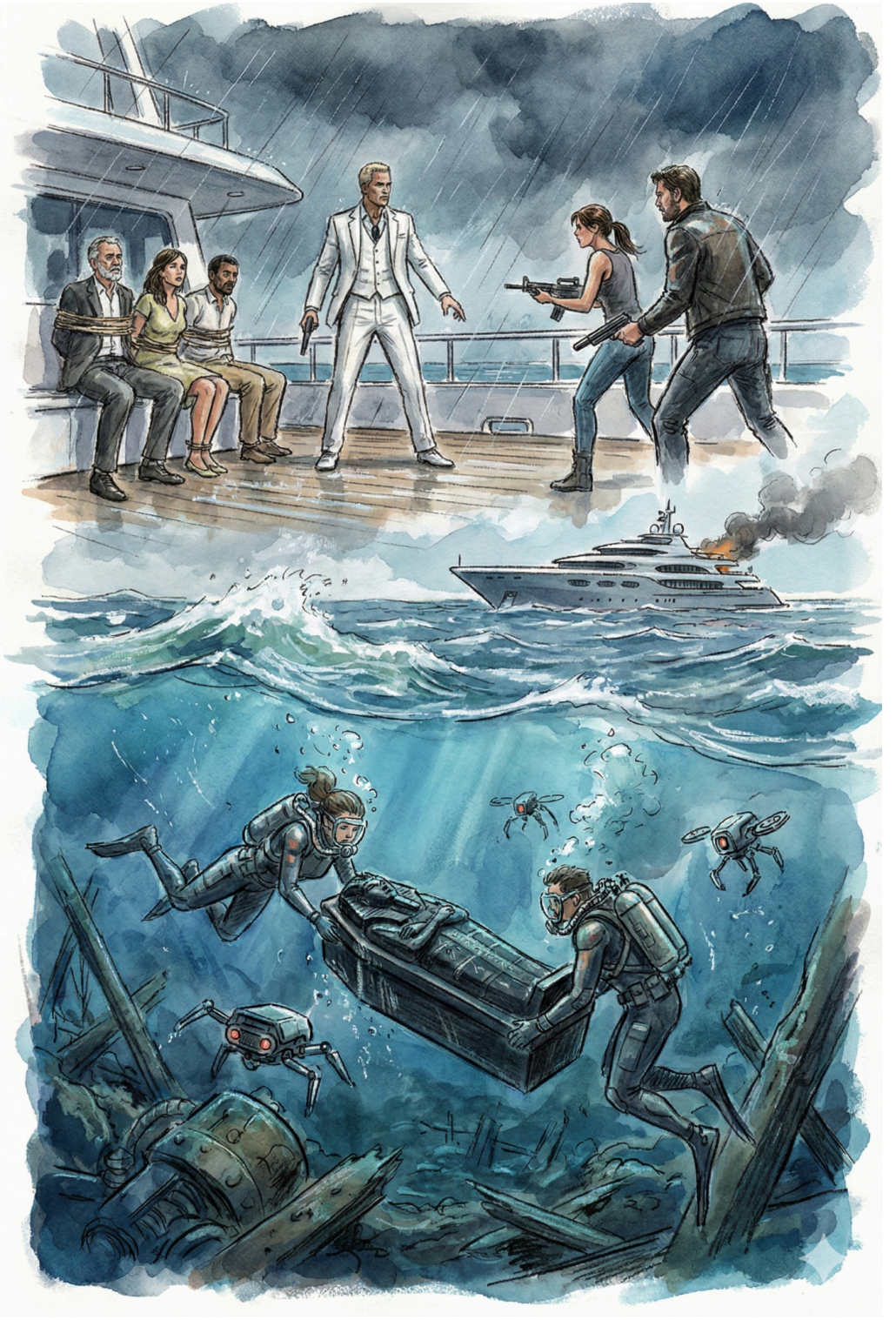
15. Batalla en la Oscuridad

16. Jaque Mate

EPÍLOGO: Un Nuevo Horizonte

SINOPSIS

Víctor Barrows ha regresado de entre los muertos con una sed de venganza capaz de incendiar Europa. Aliado con la organización criminal Nexus, busca el tesoro más codiciado de la antigüedad: la Nave Perdida de Tarsis. Ya no se trata solo de oro, sino de una carrera contra el tiempo por controlar una tecnología olvidada y letal que podría desestabilizar el orden mundial.

Con su base reducida a cenizas y perseguidos por la justicia internacional, la inspectora María Souto y su equipo deben dejar de huir para convertirse en cazadores. Desde las minas sangrientas de Riotinto hasta el lujo corrupto de Mykonos y las selvas de la Triple Frontera, librarán una guerra global en las sombras para limpiar su nombre y detener la inminente catástrofe.

El desenlace aguarda a seiscientos metros bajo el mar Tirreno, en la boca de un volcán dormido. En un descenso suicida hacia el abismo, María descubrirá que el verdadero legado de Tarsis no es la riqueza, sino un secreto capaz de reescribir la historia, y que el mar, en su eterna justicia, siempre exige un sacrificio para devolver lo que es suyo.